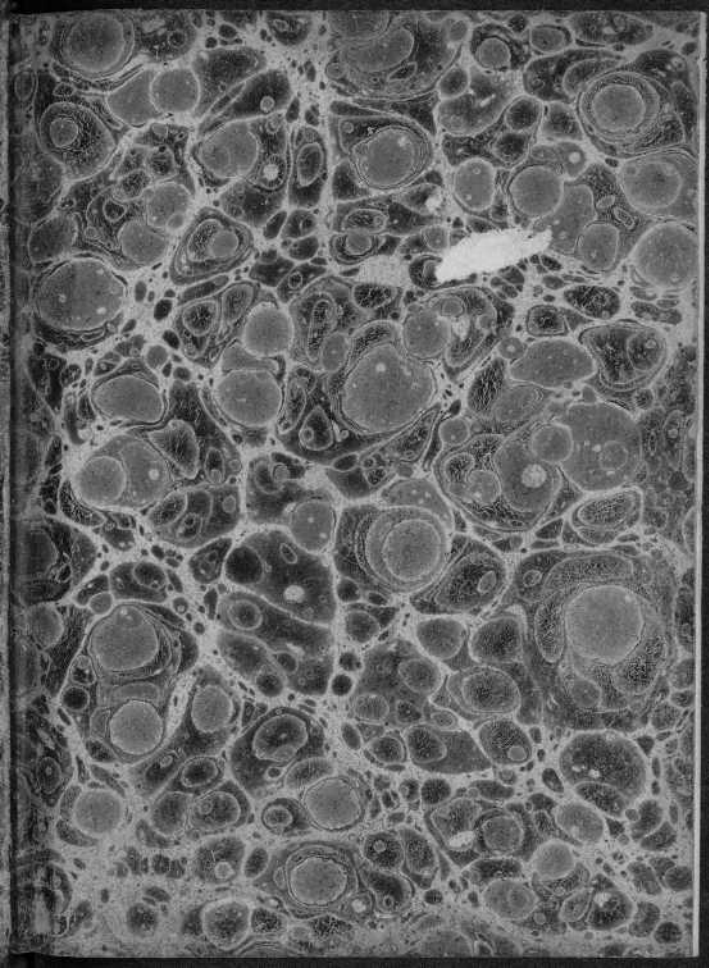


00



16400

~~8548~~



40  

---

128

**DEVEREUX.**

—

DEVEREUX.

# DEVEREUX,

Novela escrita en inglés

POR M. EDUARDO LYTTON BULWER,

Y TRADUCIDA

Por D. Nemesio Fernandez Cuesta.

TOMO III.

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO  
DE DON RAMON RODRIGUEZ DE RIVERA, Editor,  
CALLE DE LA MANZANA, NUM. 14.

Junio, 1847.

REVISED

FOR M. EDWARD LITTON BOWEN

FOR M. EDWARD LITTON BOWEN

1857

REVISED

FOR M. EDWARD LITTON BOWEN

FOR M. EDWARD LITTON BOWEN

FOR M. EDWARD LITTON BOWEN

1857





# DEVEREUX,

NOVELA ORIGINAL

DE M. EDUARDO LYTTON BULWER.



## CAPITULO I.

*Capitulo corto que contiene un acontecimiento importantisimo.*

**T**ODAVIA estaba presente en mi memoria la carta de Sir William, cuando por no tener otro punto menos notable á donde llevar mi tedio, me presenté en casa de

Saint-John. Al cruzar el salon para entrar en su gabinete, dos hombres que acababan de despedirse de él pasaron junto á mí rápidamente; al uno no le conocia, pero el otro era indudablemente Montreuil. Su vista me sorprendió en extremo; el cura aparentó no haber fijado la atencion en mí y siguió adelante presuroso, hablando con su compañero en voz baja, pero en tono vehemente, y desapareciendo en seguida por la puerta de la calle. Entré en el gabinete de Saint-John: estaba solo y me recibió con su natural jovialidad.

—Perdonadme, señor ministro, dije, pero si no es un secreto de estado, decidme lo que sepais respecto al mas alto de los dos caballeros que acaban de salir de aquí.

—Es un secreto de estado, mi querido Devereux; así mi respuesta será breve y compendiosa.

—¿Sabeis quién es?

—Sí, un jesuita, y maravillosamente diestro: el padre Montreuil.

—Ha sido mi tutor.

—Eso tenia entendido.

—Y vuestras relaciones con él ¿se refieren positivamente y *bona fide* á negocios de estado?

—Positivamente y *bona fide*.

—Yo podia contaros algo de él; está sin duda alguna al servicio de la corte de San German, y es un terrible intrigante de este lado del canal.

—Es posible, pero no deseo noticia alguna respecto á él.

Saint-John poseia una de las grandes virtudes que deben tener los hombres de negocios, y no he conocido nunca hombre de Estado que la tuviese en grado mas eminente; esta consistia en hacer la conveniente distincion entre los amigos

del ministro y los amigos de la persona. Por mas íntimas que fuesen mis relaciones con él, nunca pude sacarle un secreto de estado, hasta que despues al cabo de mucho tiempo me comprometí en una parte de sus planes políticos. Así es que entonces le hallé impenetrable á mis investigaciones, y no pude saber con exactitud la naturaleza del asunto que llevaba á Montreuil á su casa, ni el motivo de las atenciones que recibia de Abigail Masham, hasta que tuve noticia de que el compañero del jesuita era aquel célebre intrigante llamado el padre Gaultier. Forzado al fin aunque á despecho mio á respetar la discrecion del ministro, dejé que la conversacion tomase otro giro, y á poco rato no pudiendo sostenerla por el estado de excitacion en que me hallaba, me levanté para ir á otra parte.

—Aguardad, conde, dijo Saint-John: ¿pensais salir hoy á caballo?

—Si quereis acompañarme.

—De buena gana: á decir verdad iba á rogaros que vinieseis conmigo primero á Spring Gardens (1), donde tengo que hablar al director, y despues á hacer una obra de caridad en favor de un pobre extranjero de elevado nacimiento, que en su profunda ignorancia de las cosas de este pais, ha creido conveniente entrar en una conspiracion con algunas cabezas bien organizadas y revelarla á ciertas lenguas muy desatadas que han venido con ella á armarnos tanto ruido como si el tal proyecto fuese una nueva invencion de la pólvora. Yo le he sacado de esta trampa y ahora voy á darle una garantía para lo futuro. Pobre hombre, he oido que está

(1) Vauxhall.

muy mal de dinero, y siempre he tenido compasion de los desterrados. ¿Quién sabe si algun dia se hallará uno en su situacion? Este extranjero es de una raza tan elevada como la de los Saint-John ó de los Devereux. *La res augusta domi* debe fatigarle dolorosamente.

—Cierto, dije pensativo ¿y cómo se llama ese extranjero?

—Vaya, quejaos luego de que no tengo confianza en vos cuando se trata de negocios de estado: voy á deciros su nombre, se llama D. Diego de Alvarez; descende de una de las mejores casas de Andalucía: y no es indigno de sus ascendientes segun creo en el arte de la guerra, aunque no es muy fuerte para el consejo. Pero ¡cielos, Devereux! ¿Estais malo?

—No, no. ¿Habeis visto á ese hombre?

—Nunca.

Al oír esta palabra brillaron mis ojos de alegría, porque sabía la fama de galante que tenía Saint-John y sospechaba que su visita tuviese algún motivo secreto.

—Saint-John, dije, yo conozco á ese español, le he tratado con intimidad. ¿Quereis encargarme de vuestra comision? Yo daré la fianza; de mí podrá aceptar este socorro, pero de un desconocido como vos el orgullo no se lo consentirá; realmente me hareis un favor personal si me dejais aprovechar esta ocasion de hacérselo á él.

—Tengo una satisfaccion en complaceros en cualquiera cosa que sea; tomad las señas de su casa; ya veis que es una buardilla bien miserable. Decidle de mi parte que por ahora está seguro; pero que en lo sucesivo no vuelva á cometer tales imprudencias, y que evite toda relacion con clérigos intrigantes *et tous ces*

*gens-là* si estima en algo su libertad ó al menos su residencia en este hospitalario país. No todas las maderas son buenas para hacer un Mercurio, ni todas las cabezas para combinar ó dirigir una intriga.

—Nadie puede conocer mejor los materiales que se requieren para semejantes producciones que el señor ministro Saint-John, dije yo; adios amigo mio.

—Adios: si no venis á tiempo de salir á paseo, mañana nos veremos en casa de Sir William Wyndham.

Cuando me hallé solo en la calle, di rienda suelta á mi emocion que hasta entonces habia procurado ocultar: tomé un coche de alquiler y me dirigí con toda la rapidez que permitia aquel vehículo á la pequeña y oscura buardilla cuyas señas me habia dado Saint-John. Detúvose el coche á la puerta de una casa humilde pero no enteramente despreciable: llamé:



salió á abrir una mujer y en contestacion á mis preguntas me dijo que el pobre extranjero estaba malo, muy malo, de un ataque de parálisis que le dejaba pocas esperanzas de vida. Su hija que le hacia compañía no quería ver á nadie y aun habia negado la entrada al mismo Mr. Barnard.

Al oír este nombre la sorpresa y atollondramiento que al principio me habia causado la inesperada noticia del peligro del pobre español, se convirtieron repentinamente en cólera y disgusto. Sin embargo, combatí estos sentimientos, pensando que no era tiempo de dejarse llevar de los celos ni del egoismo, y que si podia servir á Isora y socorrer á su padre, debia darme por satisfecho.—Quiero verla, dije dando algunas monedas á la mujer, soy un antiguo amigo de la familia, y no puedo ser mal recibido en la

triste habitacion de un desgraciado.

—Mal recibido, no señor, el pobre caballero ni habla ni siente.

Al oír esto no pude reprimirme ; presentóseme á la imaginacion la desconsolada y miserable situacion á que quedaba reducida Isora ; y ante este pensamiento se desvanecieron todos mis escrúpulos de delicadeza y ceremonia. Subí las escaleras seguido de la vieja : esta me detuvo junto al umbral de una puerta del piso alto, diciéndome : ¡ ahí ! Me paré un instante para cobrar aliento y valor y entré. El cuarto estaba algo oscuro y las cortinas de la cama cuidadosamente corridas. Cerca de una mesa, en la que habia dos ó tres vasos con medicamentos , ví á Isora escuchando ansiosa é intensamente las palabras de un hombre , que por el traje se conocia ser médico , y que poniendo el dedo índice de la mano derecha sobre la

estensa palma de la izquierda, parecia estar dando precisas instrucciones y pronunciando un oráculo, que consistiendo para él solo en palabras, era para su trémula y afligida oyente un mensaje del destino, un *fiat* de que dependia su vida. ¡ Monarcas de la tierra, no teneis sobre la desgracia y la felicidad un poder tan grande como el que tiene un médico de aldea ! A tiempo que el doctor se volvia para salir, sacó Isora de una escuálida bolsa cuatro monedas de poco valor y murmuró algunas palabras que al parecer indicaban la vergüenza que le causaba la pobreza, pues su mano temblaba al ponerlas en la ancha palma del médico. Dos veces se abrió y cerró esta palma sobre la escasa moneda ; pero á la tercera pudo mas el instinto natural de humanidad, que el instinto de profesion. Retrocedió el Galeno y dando una graciosa oscilacion

á sus cabellos, dejó sin ruido el dinero sobre la mesa, abotonándose despues el bolsillo como para resistir á toda tentacion. En seguida estrechó aquella pobre mano que todavía estaba estendida hácia él, y haciendo una profunda cortesía, en recompensa de la cual estuve por acercarme y darle un beso en sus marchitas y arrugadas megillas, dió con rapidez media vuelta y por poco no cae sobre mí por querer salir tan de prisa.

—¡Chiss! dije en voz baja, ¿hay alguna esperanza de salvar al paciente?

El médico me miró con aire de inteligencia y yo le dije al oido que me esperase abajo. Isora todavía no me habia visto. Hay entre los sentimientos una notable distincion: y es que todos ellos menos el del dolor, aguzan extraordinariamente los sentidos, mientras que el sentimiento del dolor les entorpece de uña manera casi

absoluta. No sabiendo si seguir adelante ó volverme, me hallaba junto á la puerta con el sombrero en la mano y sin advertir que el llanto me corría por las mejillas siempre que miraba á Isora. Ella continuaba sin moverse del sitio en que el doctor la habia dejado, con la cabeza baja y los ojos fijos en tierra. La mano derecha que habia estrechado el médico, habia ido maquinalmente bajándose hasta el costado, y sus pequeños y blancos dedos estaban medio cerrados sobre la palma. No es posible describir la desesperacion y el abatimiento que la descuidada posicion de aquella mano indicaba. La izquierda se apoyaba con la indolencia del dolor sobre la mesa; uno de sus dedos separado un poco de los demas, parecia dirigirse á una redomita como si acabase de cumplir las instrucciones del apuesto médico. Si yo hubiese sido pintor

habria hecho algunas visitas á los enfermos para estudiar.

Por último Isora con tranquilo ademán se dirigió hácia la cama, y un momento despues estaba yo á su lado. Aunque me fuese en ello la vida, no podria escribir ni uua sílaba mas acerca de esta escena.

## CAPITULO II.

*Que contiene mas que ningun otro capitulo de los del segundo tomo de esta historia.*

Lo primero que propuse fué trasladar al paciente con todo cuidado y con todas las atenciones debidas á su situacion, á una habitacion mejor y á un barrio mas conveniente para las visitas de los famosos médicos que intentaba enviarle. Cuando manifesté este deseo, Isora me estuvo mirando largo rato atentamente y luego rompió á llorar.

— Vos no nos engañareis, dijo; acepto vuestro generoso ofrecimiento; de él he rechazado igual oferta.

— ¿De él? ¿De quién hablais? Ese Barnard, ó mas bien... pero ya sé quien es.

Manifestóse entonces en la animada fisonomía de Isora una expresión de espanto.

—¿ Le conocéis ? exclamó interrumpiéndome. ¡ Nó , no le conocéis , no podeis conocerle !

—Animaos , querida Isora ( permitidme que me atreva á llamaros así ) , animaos ; tiemblo al pensar que tengo un rival aquí ; pero estoy preparado para ello. Ese Barnard , decídmelo otra vez , ¿ le amais ?

—¡ Amarle ! ¡ Oh , no !

—Entonces ¿ le temeis todavía ? ¿ Le temeis aun estando protegida por la mirada siempre atenta y la mano siempre vigilante de un amante como yo ?

—Sí , dijo con voz desmayada , le temo por vos .

—¡ Por mí ! exclamé con altiva sonrisa , ¡ por mí ! sabed querida Isora que aun no ha nacido el hombre á quien debeis



temer por mí. Pero decidme la verdad, ese Barnard ¿no es...

—Por amor del cielo, por piedad, exclamó Isora ansiosamente, no me preguntéis. No puedo deciros quien es ese hombre: el mas solemne juramento me obliga á guardar secreto en este punto.

—No importa, dije aparentando serenidad; mis noticias no necesitan confirmacion; ese encubierto rival es mi propio hermano.

Mientras decia esto, tenia la vista fija en Isora: ella bajó los ojos: sus megillas y sus lábios perdieron el color y se pintó en su semblante la expresion de la mayor angustia; pero no respondió.

—Sí, repuse yo con amargura, es mi hermano; lo sé, pero estoy preparado para todo. Sin embargo, Isora, decid, si podeis, una palabra para negarlo.

Isora estuvo largo rato sin poder ha-

blar ; al fin despues de un violento esfuerzo murmuró:—Ya os he dicho Morton que he jurado solemnemente no divulgar este secreto; ni puedo pronunciar una sola sílaba que pueda descubrirlo; si niego un nombre me preguntareis sobre otro; y así el negar uno es faltar á mi juramento. Pero guardaos , añadió con vehemencia, guardaos de abrigar sospechas, vagas é indignas sospechas, contra un hermano, y sobre todo cualquiera que sea la persona de quien sospecheis , si apreciáis vuestra vida y por consiguiente la mia , no le digais una palabra de vuestra sospecha.

Me sorprendió tanto la energia con que Isora dijo esto , que despues de una corta pausa repuse con voz alterada.

—No puedo creer que mi vida esté espuesta á terminar á manos de un hermano; pero os prometo guardarme de ese oculto

peligro. ¿Mas es tan absoluto vuestro juramento que no podeis negar siquiera un nombre? Y si podeis negar este, yo os juro que no os preguntaré sobre otro.

De nuevo se descompusieron extraordinariamente las perfectas facciones de Isora. Guardó silencio por algunos instantes y despues murmuró:—Mi juramento me prohíbe hasta esa sencilla respuesta; no me preguntéis mas, desde ahora para siempre soy muda sobre este punto.

Tal vez cubrió entonces mi semblante una leve expresion de disgusto, de duda ó de sospecha, porque Isora despues de haberme mirado triste y atentamente dijo en tono tranquilo pero melancólico:—Adivino vuestros pensamientos pero no os culpo por ellos: es natural que penseis mal de una persona que se rodea de semejantes misterios y que se encuentra en tales circunstancias de desconfianza y

humillacion. He vivido mucho tiempo en vuestro pais y he visto en estos últimos meses muchos de sus habitantes; he estudiado tambien las obras que se dice descubren su carácter nacional y peculiar: sé que desconfiais de los pueblos que habitan otros climas; sé que sois precavidos, suspicaces y vigilantes aun en vuestras relaciones unos con otros; sé tambien (y la voz de Isora iba tomando un tono cada vez mas altivo) sé tambien que la pobreza misma á los ojos de este pueblo comerciante, es un crimen, y que raras veces os fiais de los que son desgraciados. ¿Por qué, conde Devereux, por qué he de exigir mas de vos que del resto de los hombres de vuestra nacion? ¿Por qué habeis de pensar de una jóven sin recursos y sin amigos, desterrada, víctima de las sospechas (circunstancias con que tan comunmente se disfrazá el crimen) mejor

de lo que cualquier otro, aun en España, pensaría de una mujer tan cruelmente privada de todas las barreras de que el decoro y la decencia rodean á una doncella? No, no, dejadme donde me habeis encontrado, continúe mi padre donde le veis, no nos faltará sitio en que morir.

—Isora, dije tomándole las manos, todavía no me conocéis; si os hubiese hallado en la prosperidad rodeada de honores; si os hubiese dirigido mis obsequios en los salones de vuestro padre llenos de amigos y parientes vuestros, habria exigido mas aclaraciones de las que me habeis dado; ese misterio habria fomentado mis sospechas y no os hubiera amado como os amo. Pero ahora, Isora, viéndoos abandonada y en la desgracia, os entrego sin reserva mi corazon, un corazon amante y confiado; y desde este momento suceda lo que quiera, bueno ó malo, venturoso ó

desfavorable, soy vuestro, enteramente vuestro para siempre. Rechazadme si queréis, yo volveré de nuevo á vuestros pies, y nunca, á no convencerme por mis propios ojos, ó á no saberlo de vuestros mismos lábios, daré entrada en mi corazón á una sola sospecha que pueda empañar vuestra pureza ó disminuir (¿podré decirlo, querida Isora?) ó disminuir en lo mas mínimo vuestro amor.

—¡Hombre generoso! murmuró Isora rompiendo en apasionado llanto, Dios es testigo de la sinceridad de mi agradecimiento; y creed, sí, creed que si el amor mas ardiente, mas verdadero, mas puro puede satisfaceros, sereis satisfecho.

¿Por qué en aquel momento palpité gozoso mi corazón como si quisiera salirse del pecho? ¿Por qué dije interiormente: al fin encontré el tesoro por el cual tanto tiempo he suspirado, al fin lo encontré,

y lo poseeré por todos los años de mi vida y nunca me separaré de él? ¿Por qué en aquel instante de ventura no sentí aproximarse la futura calamidad? ¡Oh destino ciego y caprichoso que unas veces nos envias presentimientos y otras nos los quitas! Conocimiento, prudencia, prevision ¿qué sois? Cualidades propias para aconsejar á otros, no para aconsejarnos á nosotros mismos. La razon es una lámpara que despide á distancia una luz brillante y general, pero que deja en triste oscuridad á todo lo que inmediatamente la rodea. Nosotros prevemos y pronosticamos la suerte de los demas, pero marchamos crédulos y ciegos á nuestro propio destino; y como Laoconte, desde los mismos altares á cuyo pié nos hallamos como ministros y sacerdotes salen sin que nosotros lo advirtamos las serpientes que deben destruirnos.

Aquel mismo dia Alvarez fué trasladado á una habitacion mas digna de su alto nacimiento, y mas á propósito para su curacion. Verificóse la traslacion sin que diese la menor señal de fatiga; pero su terrible enfermedad le habia privado del habla y de toda especie de sensacion material, y el pobre español pertenecia ya mas al sepulcro que á la sociedad. Hice llamar, sin embargo, á los mejores médicos de Londres. Estos se reunieron en efecto, recetaron, y dejaron al paciente lo mismo que le habian encontrado. No sé, atendiendo á los progresos de la ciencia, lo que podrán ser los médicos para la posteridad, pero en mi tiempo eran como testigos falsos mandados comparecer para declarar contra la muerte y cuyo testimonio era siempre mas favorable al acusado que al querellante.

Antes que dejásemos la antigua ha-



bitacion, y cuando yo estaba dando instrucciones á la huéspededa respecto al punto á donde habian de trasladarse los pocos muebles que D. Diego é Isora poseian, esta me hizo seña de que callase y yo obedecí.—Perdonadme, me dijo despues; pero confieso que quisiera que nuestra nueva habitacion fuese ignorada de ese....

—Barnard, como vos le llamais, añadió. Os comprendo, así se hará, y en su consecuencia mandé que se llevasen los muebles á mi casa, de donde fueron trasladados á la de D. Diego, y tuve gran cuidado de no dar motivo alguno para que la huéspededa pudiese descubrir la nueva habitacion del español como no fuera por mi conducto. No pude resistir al placer de llamar hácia mí la atencion de Gerald.—Decid á Mr. Barnard, dije á la huéspededa, que solo dirigiéndose al conde Morton Devereux podrá saber de D. Dic-

go de Alvarez y de la señora su hija.

—Así lo haré, señor, respondió la huésped, y despues mirándome mas atentamente, añadió:—¡Dios mio cómo os pareceis á Mr. Barnard! Ahora que hablais, encuentro entre vos y él una semejanza sorprendente.

Retrocedí como si me hubiera picado una vívora, y me dirigí á toda prisa hácia el coche para sostener al paciente que ya estaba colocado en él.

Desde entonces pasaba la mayor parte del dia junto á su lecho de dolor; en aquel cuarto de muerte ratifiqué mi juramento de amor, y recibí el de Isora pronunciado con la tristeza y dolor que nunca la abandonaba desde que su padre habia caido enfermo. Pero en tales escenas es donde se engendran las pasiones mas profundas, mas duraderas y mas santas. Cuando yo oia la débil voz de Isora,

trémula y apagada, cediendo unas veces á su filial afecto, otras á las sensaciones que inspiran los pocos años; cuando la veia separarse de mí con lijeros pasos para mullir la almohada de su padre; cuando observaba sus megillas alternativamente encendidas y pálidas al presentarle las medicinas de que tenia necesidad; cuando notaba su muda é incansable ternura manifiesta en mil cuidados y atenciones que no tienen nombre, pero que parecian proceder de la vigilancia de un ángel, repitiéndose á cada momento, ¿no se me representaba en aquella esfera en que la mujer es mas amable, y en que el mismo amor santifica su admiracion y purifica sus mas ardientes deseos? No era ocasion aquella para comunicarnos nuestras sensaciones en alta voz; pero cada vez se unian mas y mas nuestros corazones sin que necesitásemos de la miserable elo-

cuencia de las palabras. No quiero detenerme mas en esta escena.

Una mañana cuando me dirigia á pie á casa de Isora ví al lado opuesto de la calle á Montreuil y Gerald en conversacion muy animada. Ambos me vieron: Montreuil me hizo una leve y magestuosa inclinacion de cabeza; Gerald se puso colorado y no supo que hacer. Al fin me pareció que pensaba separarse de su interlocutor y llegarse á mí; pero entonces pasé de largo con aire altivo y severo, y Gerald como ofendido de aquel desprecio se mordió los labios con furia y siguió mi ejemplo. Pocos minutos despues me pesó no haber dejado que llegase á hablarme, juzgando que podia haberle echado en cara su mal proceder en perseguir á Isora, y desafiádole á que ejecutase las amenazas que evidentemente habia hecho contra mí, segun el temor que

manifestaba Isora por mi seguridad.

No tuve, sin embargo, mucho espacio para entregarme á estos pensamientos, pues cuando llegué á la habitacion de Alvarez hallé que se habia verificado un gran cambio en su situacion. Habia recobrado el habla, aunque no perfectamente, y presentaba síntomas de recobrar la sensacion. Subí corriendo las escaleras para congratular á Isora: esta salió á la puerta.— ¡Chiss! murmuró, mi padre está durmiendo. Pero no dijo estas palabras con la animacion que yo creia.

—¿Qué teneis, querida mia? pregunté siguiéndola á otro cuarto; pareceis triste, teneis los ojos encendidos de llorar: esas lágrimas ¿no proceden todas del gozo de ver el feliz cambio que se ha verificado en la salud de vuestro padre?

—Estoy destinada á padecer, repuso Isora con mas aspereza que de costum-

bre. La insté para que se esplicase ; vaciló al principio ; pero al fin me confesó que su padre le habia manifestado siempre vivos deseos de que se casase con el *soi-disant* Barnard , y que sus primeras palabras al recobrar el habla , habian sido para instarla á que condescendiese con este deseo.

—Mi pobre padre, dijo Isora llorando, habla y piensa segun lo que él cree que me conviene ; pero todavía no ha recobrado enteramente el sentido y no puede ni aun entenderme cuando le hablo de vos. «Voy á morir, me dijo, voy á morir, y tú te quedarás sola en el mundo.» En vano procuré esplicarle que tendria un protector : se quedó dormido murmurando estas palabras y con lágrimas en los ojos.

—¿ Tiene tantas noticias acerca de Barnard como vos? Pregunté yo.

—¡Oh no!, si las tuviera no me instaría á casarme con un hombre tan malvado.

—¿Sabe al menos quien es?

—Sí, dijo Isora despues de una pausa, pero no hace mucho que lo ha sabido.

Entonces entró el médico y llamándome aparte me dijo: que segun habia previsto, el sueño de D. Diego habia sido el precursor de la muerte y que el pobre anciano ya no existia. Dí la noticia á Isora del mejor modo que pude y con todas las precauciones que se me ocurrieron; pero su dolor fué mas violento de lo que yo podia haber pensado, y nada pareció causarle una pena mas profunda como el pensamiento de que no habia cumplido ni podria cumplir nunca el último deseo de su padre.

Nada diré de los primeros dias del duelo y pasaré al siguiente despues del

funeral de D. Diego. Yo habia visitado á Isora por la mañana. Separeme de ella por algunas horas, y cuando empezaba á oscurecer volví á su casa con algunos libros y papeles de música, con los cuales en vano habia podido hacer hasta entonces que distrajese su dolor. Despedí el coche con intencion de volverme á casa á pié, y dirigiéndome á la criada que me abrió la puerta, pregunté como de costumbre por Isora.

—Se ha puesto muy mala, contestó la criada, desde que ese singular caballero salió.

—¿Ese singular caballero?

En efecto, un desconocido habia subido la escalera y abriéndose paso, no obstante los esfuerzos de la criada que tenia orden de no dejar entrar mas que á los de casa, habia llegado hasta el cuarto de Isora. La criada en respuesta á mis re-



petidas preguntas , añadió que le habia oido hablar en tono alto y con aspereza, que habia permanecido en el aposento de su ama por espacio de un cuarto de hora y que despues habia salido precipitadamente con muestras del mayor desorden y agitacion.

—¿Qué señas tiene ese hombre? pregunté.

La criada me contestó que traia una capa que le cubria desde la cabeza hasta los pies, ricamente galoneada , y un sombrero con cintillo de diamantes , pero inclinado sobre la parte del rostro que la capa no alcanzaba á cubrir, de forma que no habia podido distinguir sus facciones; por último que á juzgar por su altivo porte y maneras desembarazadas, pertenecia á una familia de alta clase.

Convencido de que aquel hombre era Gerald, me apresuré á subir al cuarto de

Isora. Recibióme con una sonrisa de dolor y abatimiento y procuró ocultar las señales de sus lágrimas.

—¿Con que ese insolente perseguidor vuestro, exclamé, ha descubierto esta casa y vuelto á insultaros ó intimidaros? ¡No lo volverá á hacer! Mañana mismo le busco y á pesar de nuestro parentesco...

—Morton, querido Morton, exclamó Isora alarmada, pero con cierto aire de resolucion, oidme: es verdad que ese hombre ha estado aquí; es verdad que su aspecto terrible me ha infundido agitacion y miedo; pero era solo por vos, Morton; por la santa Vírgen os juro que era solo por vos. «En el momento, me dijo, y su voz me llegó hasta el corazon como si fuese una daga, en el momento en que Morton Devereux descubra quien es su rival, en ese momento se firma irrevocablemente su sentencia de muerte.»

—¡Orgullosos fanfarrones! grité, y mi sangre se encendió con la intensa ira que una causa mucho más leve pudiera haber producido en mi impetuoso carácter. ¿Piensa que mi vida está en su mano y que es dueño de concedérmela ó de quitármela? Soltad, Isora, no me detengáis. Os digo que voy á buscarle ahora mismo y le desafiare á que ejecute su amenaza.

—Hacedlo, dijo Isora tranquilamente y soltando mi mano, hacedlo, pero oídme antes: desde el momento en que le participeis vuestras sospechas alzais una barrera eterna entre vos y yo. Prometedme que nunca, á lo menos mientras yo viva, revelareis ni á él ni á ningun otro vuestras sospechas, vuestra desconfianza, vuestras noticias, ni aun la menor idea de su identidad con mi perseguidor; prometédmelo, Morton, ó si no, delante de ese crucifijo cuya santidad ambos reco-

nocemos y adoramos, delante de ese crucifijo que durante tres siglos no interrumpidos ha pertenecido á mi familia, y que á la muerte de mi padre y en la hora de su agonía ha sido todavía testigo, consuelo y abogado de su alma con el Criador; por ese crucifijo que mi moribunda madre estrechó contra su seno cuando me recomendó, niña todavía, al cuidado de ese cielo que oye y recuerda siempre nuestras menores palabras, juro que nunca seré vuestra.

—Isora, dije atemorizado y sorprendido, pero luchando aun contra la impresion que me habia causado su energia, Isora, ó no sabeis lo que vais á jurar, ó no conoceis lo que exigís de mí. Si no busco á ese hombre; si no le manifiesto cuanto sé respecto á sus pretensiones indignas contra vos; si no le prohibo positivamente, si no evito de todos modos que continúe

en ellas, pensadlo bien ¿qué garantías puedo tener de vuestra futura tranquilidad, ni aun de la seguridad de vuestro honor ó vida? De un hombre tan atrevido, tan osado, tan pertinaz en su propósito, tan vigilante y diestro en elegir el tiempo y la ocasion, de tal modo, que á pesar de mis ansiosos y constantes esfuerzos para encontrarle en vuestra presencia, nunca lo he podido conseguir; de un hombre, digo, tan obstinado en su resolucion, tan astuto para disfrazarse ¿qué no debemos temer, si se le deja impune? Pensad tambien, Isora, que ese misterio me deshonra tanto como el peligro me amenaza. ¿Estará bien que mi futura esposa esté sujeta á las terribles y secretas visitas de un hombre que se dice su amante, y que en el ardor de su persecucion demuestra la vehemencia de sus pasiones? Isora, Isora, vos no habeis re-

flexionado en esto; no sabeis lo que me pedís.

—Lo sé, contestó Isora, sé todo lo que exijo de vos, pero lo exijo solamente por salvar vuestra vida.

—¡Cómo! dije perdiendo la paciencia; no es bastante mi mano para defenderla? ¿Y sois vos, descendiente de una raza de guerreros, sois vos la que exigís de vuestro amante, de vuestro futuro esposo, que tiemble ante un solo enemigo?

—No, Morton, dijo Isora. Si fueseis á entrar en una batalla, yo misma os ceñiría la espada; si ese hombre no fuera quien es y hubieseis de encontraros con él en campo abierto y frente á frente, no os haría el agravio, ni me lo haría á mí misma, de manifestar temor; pero conozco bien al hombre que me persigue; altivo, incansable, terrible como es en sus tenebrosas é indomables pasiones, todavía no

tiene el valor suficiente para reñir con vos cara á cara: no temo al enemigo descubierto, temo al insidioso y seguro asesino. El mismo cuidado que pone en evitar vuestro encuentro, las precauciones que ha tomado, el juramento que me ha hecho pronunciar, bastarán para convenceros de que no se atreve á oponerse personalmente á vuestras pretensiones ó á vengarse por sí mismo.

—¿Entonces qué tengo que temer?

—¡Todo! ¿No sabéis que los asesinos salen siempre de entre esos hombres á la vez orgullosos y astutos, pero que no se atreven á acometer de frente el peligro? Y si todavía necesitase yo una prueba mas segura de sus designios, su juramento, que aun resuena en mis oídos, sería suficiente. «En el momento en que Morton Devereux descubra quien es su rival, en ese momento se firma irrevocablemen-

te su sentencia de muerte.» Morton, exijo vuestra promesa, ó de lo contrario por mas que me cueste, pronunciaré mi juramento.

—Deteneos, deteneos, dije yo entre colérico y angustiado: si prometiese lo que me pedís, y por atender á mi propia seguridad pusiera en peligro la vuestra ¿qué juicio formaríais de mí?

—No temais por mi seguridad, Morton, respondió Isera, no teneis porque temer. Os he dicho que ese hombre, villano como es, siempre me deja humillada y abatida; pero no penseis que en todas ocasiones soy la débil y tímida criatura que teneis ahora delante de vos. Acordaos de que habeis dicho con razon que descendia de una raza de guerreros; y siento en mí ánimo bastante para no degenerar de lo que fueron mis ascendientes.



—Pero, querida mia, vuestra resolucion os puede aprovechar por algun tiempo, mas no podrá servir siempre contra el impetuoso carácter de un hombre. Conozco á mi sexo, conozco mi propia ferocidad cuando se la excita.

—Pero no me conoceis á mí, Morton, dijo Isora con altivez, y mientras hablaba, su rostro tomó cierta expresion de resolucion y aun de dureza; solo soy cobarde cuando pienso en vos; una palabra, una mirada mia bastan para humillar á ese hombre; y para el caso de que no pudiese contenerle de este modo, me he provisto de una arma para defenderme ó.... ó.... La voz de Isora antes firme y resuelta, desmayó entonces, y un vivo encarnado cubrió la marmórea palidez de sus mejillas.

—¿O qué? dije yo con ansiedad.

—O defenderte, Morton, murmuró Iso-

ra con ternura y apartando sus ojos de los míos.

El tono y la mirada con que acompañó estas palabras, me conmovieron hasta el extremo. Levanteme, estreché á Isora contra mi corazón y cubriendo su rostro de besos dije:

—Sois un extraño conjunto de valor y de timidez, querida mía; pero estos labios, estas mejillas y estos ojos no son facciones de heroína.

—Morton, si tuviese un corazón menos resuelto no podría amaros tanto.

—Pero decidme, pregunté sonriéndome, ¿donde tenéis esa arma que tanta confianza os inspira?

—Aquí, contestó Isora ruborizándose; y desprendiéndose de mis brazos me enseñó una pequeña daga de dos filos que tenía cuidadosamente oculta entre los pliegues del vestido. Miré la aguda y brillante

hoja con sorpresa pero con placer, al notar la resolucion que se ocultaba bajo un carácter en la apariencia tan suave. Digo con placer, porque aquella resolucion estaba en armonía con mi carácter áspero y orgulloso. Volví á poner el arma en sus manos sonriéndome.

—¡ Ah! dijo Isora, no tendria tanto atrevimiento si el peligro solo me amenazase á mí.

Mas si por un momento en la efusion de nuestro afecto olvidamos el objeto de la anterior disputa, pronto volvimos á él, siendo Isora la primera que renovó la conversacion. Recordóme la promesa que me habia exigido y habló con tanta seriedad y solemnidad, que apenas me dejó fuerzas para resistir.

—Pero, dije, si os molesta de nuevo; si otra vez encuentro pálidas esas hermosas megillas; si otra vez hallo bañados

de lágrimas esos queridos ojos ; si en otra ocasion llego á saber que en mi propia casa alguno se ha atrevido á insultaros ¿ he de permanecer en la inaccion por miedo de que una mano cobarde y trémula intente vengarse del cuidado con que miro por vuestro honor y el mio?

—No, Morton ; despues de nuestro matrimonio, cuando quiera que se verifique, no tendreis nada que temer de él en ese concepto ; tampoco yo temeré como ahora por vos ; vuestro honor estará ligado al mio y nada podrá inducirme á arriesgarlo, ni aun vuestra propia seguridad. Tengo motivos para creer que luego que nos casemos no volveré á estar sujeta á sus persecuciones: ¿ni cómo podria aventurarse á insultarme hallándome perpetuamente bajo vuestra proteccion? ¿Ni por qué lo habia de intentar si pudiese? Entonces seré vuestra para siempre: ¿qué esperanza

podria animarle á proseguir sus persecuciones? Confiad en mí hasta entonces y decidme ahora que puedo confiar en vos.

¿Qué habia yo de hacer? Todavía combatí su deseo y me opuse á su peticion; pero se mantuvo firme en su propósito, y al fin aunque con repugnancia accedí á lo que me pedia. Tan sincera y tan constante parecia su resolucion, que temí si me negaba á su exigencia que cumplierse el juramento que habia de separarnos para siempre. Añadíase á esto que yo tenia en ella esa confianza profunda que en mi concepto está mas cerca de los grados superiores del verdadero amor que los celos y las sospechas, y no podia creer que entonces, y mucho menos despues de nuestra boda, pudiese arriesgar su honor en lo mas mínimo por un temor vano y supersticioso. Por tanto, á pesar del grande interés que tenia en descubrir al

misterioso perseguidor, y lo que es mas de evitar sus ulteriores y atrevidos desig-nios, me ví obligado á prometer á Isora que no buscaría á la persona de quien sospechaba, y que ni de palabra ni de obra trataría de darle á entender mi opi-nion respecto á su identidad con Barnard.

Aunque muy disgustado de la violen-cia que me habia hecho para empeñar mi palabra, procuré reconciliarme con la idea de mi condescendencia. A la verdad las circunstancias particulares en que se halla-ba Isora, sus recientes motivos de dolor, su situacion triste y desamparada, eran parte para excitar su orgullo y agriar su carácter naturalmente dócil y condescen-diente; al paso que me hacian acceder á deseos que no creia justos, é inclinarme mas bien á tener consideracion con su de-licadeza y situacion presente, que á exi-gir sacrificios á que en otras circunstan-

cias mas afortunadas hubiera creído tener derecho. Mucho menos dispuesto me hallaba á resistir á su deseo y exponerme al severo castigo con que me habia amenazado, al considerar que era un exceso de precaucion de su amor, y que hablabá sinceramente cuando decia que solo por mí era cobarde. Estas consideraciones no pudieron, sin embargo, impedir el secreto disgusto con que me despedí de ella para dirigirme á casa.

Acababa de llegar al fin de la calle donde vivia Isora, cuando divisé, aunque no distintamente porque la noche era muy lóbrega, la figura de un hombre cubierto enteramente con una larga capa como las que llevaban comunmente los galanes de aquella época para no ser conocidos en sus aventuras nocturnas; y á la pálida luz del único farol junto al cual se hallaba, ví brillar una cosa parecida á

diamantes en su ancho sombrero español que le caía sobre las cejas. Inmediatamente recordé la descripción que la criada me había hecho del traje de Barnard, y me ocurrió de pronto el pensamiento de que era el mismo que tenía delante.— De todos modos, dije para mí, puedo aclarar mis dudas si no comunicarlas, puedo si no vengar sus ofensas, velar por su seguridad. Por tanto, aprovechándome del conocimiento que tenía de las calles inmediatas, pasé rápidamente á la intermediación del desconocido, y emprendiendo después á correr, salí dando un rodeo á una oscura y estrecha callejuela que desembocaba precisamente en frente de la casa de Isora. Allí me escondí detrás de la columna de un soportal y á poco rato ví la opaca forma del desconocido que se paseaba lentamente por delante de la casa. Tres ó cuatro veces pasó junto á ella



y otras tantas, aunque la oscuridad era grande, creí observar que miraba á las ventanas. Sin embargo, no hizo ninguna demostracion que indicase su intencion de entrar, y no parecia tener otro objeto mas que el de vigilar las inmediaciones. Al fin, cansado é impaciente salí de mi escondite. — Confirmaré mis sospechas, dije, y me dirigí resueltamente hácia el desconocido.

—Caballero, le dije con voz tranquila, no me gusta oponer obstáculo á las distracciones de los demas; pero en mi humilde opinion nadie puede estar parado delante de esta casa en noche tan fria sin dar justo motivo de sospecha á los amigos de sus habitantes. Yo tengo la fortuna de contarme en el número de estos amigos y por tanto, con el debido respeto y humildad, os ruego busqueis algun otro sitio para vuestros paseos nocturnos.

A propósito pronuncié tan largo discurso para tener tiempo de examinar y reconocer á la persona á quien me dirigia. La oscuridad de la noche y el suelto traje del desconocido, no eran ciertamente á propósito para asegurar el resultado de mi exámen ; mas á pesar de mis sospechas, me parció que aquel hombre no tenia la alta estatura y grandes proporciones de Gerald Devereux. Debo confesar sin embargo, que la necesaria inexactitud de mis observaciones no daba gran fundamento á esta idea, la cual no alteró en nada mi firme creencia de que era Gerald el que tenia delante. Este, mientras yo hablaba, se iba retirando con presteza pero sin responder ; continué adelantándome y él siguió retrocediendo con mas ligero paso, y cuando acabé mi arenga me volvió completamente las espaldas y echó á correr por la oscura calle donde

yo habia fijado antes mi puesto de vigilancia. Corrí tras él ; su capa embarazaba su carrera ; yo iba ganando terreno insensiblemente ; volvió una esquina , me tomó ventaja y se entró por un ancho pasadizo. Fuíle á los alcances ; voces avinadas resonaron en mis oídos, é inmediatamente una numerosa partida de aquellos jóvenes que bajo el nombre de Mohawks acostumbraban á recorrer de noche las calles de la ciudad , y con espada en mano satisfacer su afición á contiendas , afición que disfrazaban bajo la máscara de celo de partido , se presentó en medio de la calle. Mi fugitivo pasó como una sombra entre ellos , y aprovechándose de su sorpresa escapó sin ser molestado. Yo intenté seguirle con igual ligereza , pero fuí menos feliz.—¡ Alto ! gritó el primero de los del grupo intentando cerrarme el paso ; no te des tanta prisa , camarada. ¿ Eres whig ó

tory? ¿Cuál es tu rey? responde ó mueres.

—Cuidado con vos, señor mio, dije con altivez sacando mi espada.

—Traicion, traicion, gritó el Mohawk desenvainando la suya con igual presteza, cuidado contigo.

—¡Ah! gritó otro, es el amigo del ministro, el papista Devereux, dadle, dadle, firme en él.

Yo habia conseguido ya atravesar de una estocada el brazo derecho de mi contrario, y esperaba que esto intimidaría á los demas y me daría tiempo para escapar; pero al oír mi nombre y opinion política y al ver que su compañero estaba herido, los patriotas se precipitaron sobre mí con la amable furia que generalmente caracteriza á todos los verdaderos amantes de su pais: dos espadas me atravesaron al mismo tiempo el cuerpo y caí en tierra insensible y desangrándome. Cuando vol-

ví en mí, me hallé en mi habitacion adonde dos de los mas compasivos Mohawks me habian llevado ; varios cirujanos estaban al lado de mi cama ; cuando les ví dí un gran quejido. Si hay algo en el mundo á que tenga odio es sin duda alguna á los discípulos de Hermes; me recuerdan aquel pueblo de la India ( los Padæos ) de que habla Herodoto , que se mantenian devorando á los enfermos.—Todo va bien , dijo uno al oír mi quejido.—No morirá, repuso otro.—A lo menos hasta que nos paguen otras cuantas visitas , añadió el tercero mas cándido que los demas. Y con esto se apoderaron de mí y empezaron á atormentarme examinando y sondeando las heridas, hasta que el dolor me quitó otra vez el sentido. Sin embargo, al siguiente dia fuí declarado fuera de peligro; y la primera prueba que dí de mi convalecencia fué mandar á Desmarais que des-

pidiese á cuatro de los cinco cirujanos; respecto al quinto creí que mi juventud y mi constitucion me ayudarían á sufrirle. Aquella misma noche, mientras sin poder descansar daba vueltas en la cama pronunciando con abrasados lábios el nombre de Isora, ví á mi lado una figura de mujer cubierta de la cabeza á los pies con un largo velo; y una voz débil y suave, pero que penetró hasta mi corazon infundiendo en él una nueva existencia, murmuró:—Aquí está.

Olvidé mis heridas, olvidé mis dolores y mi debilidad, me incorporé: la mujer levantó el velo y conocí á Isora.

—Sí, dijo con su acento dulce y suave que era como un bálsamo para mi alma y para mis heridas, sí, la mujer á quien habeis protegido hasta ahora, viene á su vez á prestaros los leves servicios que puede. Ha venido á cuidaros, á consolaros,

á rogar por vos y á ser hasta que la despidais, vuestra criada y vuestra esclava.

Iba á responder, pero ella llevándose un dedo á los lábios se levantó y desapareció. Desde aquel momento mis heridas se fueron curando rápidamente, mi fiebre se disminuyó, y cuando la veia arreglar mi alcoba ó examinar los progresos de mi curacion, ó sentia sus tibios dedos limpiar el sudor de mi frente, ó tomaba de su mano las medicinas ó el alimento, entonces parecia que la sangre corria mas libremente por mis venas, infundiendo en mí la animacion, la frescura y la delicia, y convirtiendo en vida llena de juventud, de pasion y de esperanza, la vaga y triste existencia que hasta entonces habia tenido.

Hay ciertas contradicciones extraordinarias en esa misteriosa sensacion que

se llama simpatía. Cualquiera creería que en la descripción de lo que mas generalmente interesa á todos los hombres se encuentra un interés mas general; sin embargo, pocas personas leerán sin cansarse la historia de los progresos de una enfermedad. Y sin embargo, ¡cuán deliciosos é interesantes son los diversos grados de convalecencia para todos los que los han recorrido! ¿Y quién en su viaje por esta tierra de enfermedades que se llama vida civilizada, no ha hecho alguna vez tan agradable escursión? «Quisiera estar malo un dia por el placer de ponerme bueno,» me dijo una mañana Fontenelle con su habitual candor; ¿pero quién no querría estar malo solo por el placer de estarlo, con tal que le sirviese de enfermera la mujer á quien mas ama?

No diré mas, por tanto, sobre aquel período delicioso de mi vida, mi enfer-



medad y mi convalecencia, y paso á cierta noche en que oí de los labios de Isora toda su historia, excepto lo que se refería al verdadero nombre de aquella persona, cuyas persecuciones constituían la única aventura novelesca que hasta entonces le habia ocurrido en su inocente y pura existencia. Aquella noche ¡cuánto me acuerdo! estábamos solos: yo, todavía débil, me hallaba sentado en el sofá al lado de la ventana entreabierta; y el suave ambiente de la noche de primavera, precursor de las bellezas de que iba á revestirse el campo, refrescaba agradablemente mis mejillas. Las estrellas iban apareciendo una por una como nacidas del cielo y del crepúsculo, y entre el vapor y espesa niebla de la oscura ciudad, despedían su silenciosa luz, santa y pura, semejante á la que la Divina Misericordia derrama sobre la grosera natu-

raleza humana. Sus rayos pálidos y serenos caían de lleno sobre el rostro de Isora, que sentada en la alfombra junto al sofá y con su mano entre las mias, levantaba la vista para mirarme, hasta que sintiendo mis miradas se ruborizaba y volvía á otro lado el rostro. Todo era tranquilidad alrededor y encima de nosotros; pero bajo la ventana se oían á veces los sonidos terrenales, y entonces insensiblemente nuestras manos se enlazaban mas y mas, y nuestros corazones palpitaban con mas fuerza; porque aquellos sonidos nos recordaban al mismo tiempo que nuestra existencia, nuestra separacion de la gran familia humana.

¿Qué es en efecto el amor sino una separacion del mundo, un vínculo comun que une á dos almas, dos seres inmortales confundidos en uno? El amor verdadero destruye cuanto en sus lazos hay de

desapacible y egoista, para formarlos despues y unirlos en un solo y sagrado nudo.

Nada habia en la narracion de Isora que el lector no haya sabido ó adivinado ya. Habia dejado desde muy niña su casa de Andalucía, pero la tenia muy presente en la memoria, y se complacia en describirla y hablar de ella largamente. Se conocia que pocas cosas en nuestra nacion, mas fria y apática que la suya, habian excitado su simpatía ó afecto. Sin embargo, creo que su imaginacion activa y su carácter sensible habian adquirido por efecto de su residencia en Inglaterra y de sus desgracias, gran parte del vigor y heroismo que entonces poseia. Educada en la soledad, la música y los libros (pocos pero no mal elegidos, porque Shakspeare era uno de ellos, y el que mas impresion le hizo, y tal vez el que habia dado á su carácter los ocultos pero ricos colores

de poesía), habían sido sus únicos estudios y diversiones.

¿Pero quién no sabe que el corazón de una mujer encuentra dentro de sí mismo su principal ocupacion? Ese es su verdadero estudio, y en esta estrecha órbita, el espejo de las ilusiones refleja toda la extension de la tierra. En él la amabilidad y la meditacion alimentaron la disposicion de ánimo, que despues se convirtió en amor. Pero no tanto trato ahora de describir el carácter de Isora, como de referir sumariamente su breve historia. El primer inglés á quien su padre admitió en su casa fué Barnard. Este, como he dicho, estaba complicado con él en ciertas intrigas políticas, de cuya exacta naturaleza no tenia su hija noticia. Continúo llamándole por un nombre que Isora me confesó que era fingido. Al principio ocultó á la jóven su pasion,

si bien pronto se la hizo conocer con cierta especie de ferocidad que desde luego excitó su antipatía. En la tarde en que la encontré sin sentido en el jardín, y en que le hice la primera declaración de mi amor, le había también él confesado su pasión y verdadero nombre; la repulsa de Isora le causó una violenta desesperación que desahogó en terribles amenazas contra mí, suponiéndome causa de ella, y contra su padre á quien decía que podía perder con una sola palabra. Sabiendo Isora cuánto podía perjudicarnos aquel hombre (perjudicarnos, sí, porque entonces ya Isora me amaba y temblaba por mi seguridad), se había asustado extraordinariamente; en aquel momento se oyó el ruido de las herraduras de mi caballo; Barnard juró entonces tomar una sangrienta venganza de Alvarez y de mí, y ella, para evitarla, accedió á

prestar el juramento que su perseguidor exigia, prometiendo solemnemente que no descubriría nunca su secreto ni me revelaría quién era mi verdadero rival.

Esto fué todo lo que pude saber de Isora: Barnard, luego que oyó su juramento, desapareció, y ella cayó sin sentido y no volvió en sí hasta que se halló en mis brazos. Entonces en la pasion de mi rival y en la venganza con que la habia amenazado, vió una barrera insuperable para nuestra union; su generoso temor acalló la voz de su afecto, y la hizo renunciar á mí. Su partida de la casa de campo que se verificó inmediatamente, fué efecto de una disposicion de su padre, tomada á instigacion de Barnard y para llevar adelante sus planes politicos; el mismo Barnard proporcionó á Alvarez el dinero con que me pagó su deuda. Él mismo fué sin duda quien le indispuso

conmigo, pues desde entonces nunca habló Alvarez de mí con la parcialidad con que antes hablaba. Trasladáronse á Londres; D. Diego salia muy á menudo de casa, á veces acompañado de hombres que Isora nunca habia visto hasta entonces; estaba distraido y meditabundo, pero nunca pudo saber su hija qué especie de planes políticos eran los suyos.

Por último, despues de algunas semanas de ausencia, volvió Barnard á presentarse en su casa, continuando sus visitas constantemente. Renovó sus relaciones con su padre y sus pretensiones con ella, y desde entonces comenzó para la jóven esa persecucion doméstica, tan comun en este mundo tirano, persecucion casi inaguantable y que Isora en otras circunstancias no habria sufrido. Pero la resistió en parte porque me amaba (y la

separación no habia contribuido sino á aumentar su amor), y en parte porque tenia las feroces y perversas pasiones de mi aborrecido rival mas que cualquiera otra calamidad que pudiese amenazarla. —Entonces vuestro padre será ahorcado ó morirá de hambre, le dijo Barnard un dia en un rapto de frenesí, y la dejó sin que volviese á parecer por su casa. Los recursos del español, á quien probablemente socorria Barnard, se agotaron, y padre é hija tuvieron que ir cambiando sucesivamente de habitacion hasta verse reducidos á la humilde vivienda en que yo les encontré. Allí les buscó de nuevo Barnard, allí sostenido por la poderosa elocuencia de la necesidad, ofreció otra vez sus servicios y su corazon; precisamente entonces cayó Alvarez enfermo. — Allí, y entonces dijo Isora cándidamente, hubiera al fin accedido á casarme con



Barnard por salvar á mi pobre padre, si vos no me hubieseis salvado.

Solo una vez (ya he recordado la ocasion) la visitó Barnard en la nueva casa á que yo la habia llevado; al dia siguiente de la conversacion que tuvimos sobre aquel acontecimiento, Isora estuvo esperándome, y viendo que no llegaba, se informó de la mujer que la servia, de la cual supo la causa de mi ausencia.—Entonces, dijo tímidamente, olvidé que era mujer, prescindí de toda modestia y reserva, de las costumbres de vuestro pais, del decoro del mio, olvidé todas las cosas de este mundo menos á vos, á vos enfermo y en peligro; toda mi existencia pareció que me abandonaba, quedándome en su lugar una sensacion de angustia é impaciente agonía, que no cesó hasta que me hallé en vuestro cuarto y á vuestro lado. Y ahora, Morton, añadió

por conclusión, ahora no me desprecieis por no haberos amado menos y considerado mas lo que el decoro exigia de mí.

—¡ Despreciaros! murmuré estrechándola contra mi pecho. Sentí su corazón latir junto al mio. Aunque los labios guardaron silencio, los corazones se hablaron y en su lenguaje parecian decirse: ya estamos unidos y no volveremos á separarnos.

La luz suave y tranquila de las estrellas, único testigo de aquella escena, sancionó con su sereno brillo el juramento interior, que no pronunciamos, pero que hicimos, de vivir el uno para el otro.

## CAPITULO III.

*En que la historia hace grandes progresos, y en que se dá cuenta de uno de los acontecimientos mas importantes que ocurren en la vida.*

Tres meses hace que me restablecí completamente de mis heridas, y estoy casado con Isora, casado, sí, pero *en secreto*, y la ceremonia todavía esta cubierta en lo posible con el velo del misterio. Me explicaré.

Desde el momento en que Isora, temblando por mi salud, atravesó el umbral de mi puerta, se hizo necesario para salvar su honor que se verificase nuestro matrimonio inmediatamente despues de mi restablecimiento; me decidí, pues, á celebrarlo al instante, pero todavía de-

bia resolver sobre la manera de hacerlo. Durante mi enfermedad recibí una larga y afectuosa carta de Aubrey, que entonces se hallaba en la quinta de Devereux: tan afectuosa era, tan llena de recuerdos de nuestra niñez, que esto, unido á la tristeza que respiraba cuando hablaba de sí mismo y de los pecados y desgracias de este mundo, excitó mi llanto todas las veces que la leí; y muchas veces despues cuando llegué á pensar que me habia retirado su afecto, recurrí á esta carta para convencerme de que estaba engañado. A poco tiempo recibí otra breve epístola de mi tio; su lenguaje era tan bondadoso como de costumbre y hablaba de la vuelta de Aubrey á la quinta de Devereux. «Este pobre muchacho, decia Sir William, continúa mas que nunca apegado á sus rígidas devociones, y ni aun en los siglos mas remotos creo que

haya habido humilde anacoreta que haya hecho mas uso de la disciplina y de la penitencia.»

Ya he indicado antes que estaba cierto de que mi tio se opondria á mi casamiento; al saber que Aubrey estaba á su lado, resolví en contestacion á su carta, suplicarle que sondease el ánimo de Sir William sobre el asunto en que estribaba mi felicidad y me diese exacta cuenta de la clase y naturaleza de oposicion que por su parte encontraría para llevar á efecto lo que meditaba. Por el mismo correo escribí al buen anciano una carta en que apuré todo mi ingenio, insistiendo sobre mi pasion, sobre la elevada cuna y buenas prendas del objeto, pero sin decir su nombre, y añadiendo todo lo que yo creia mas propio para escitar el entusiasmo y afecto de mi tio en mi favor. En contestacion á estas cartas recibí las siguientes.

*Carta de Sir William Devereux.*

\* ¡Vive Cristo, sobrino Morton!... Pero no quiero reñirte aunque lo merecias. Apenas tienes 20 años y ya hablas de matrimonio (cosa que corresponde exclusivamente á la edad provecta) con tanta familiaridad como las muchachas de 13 hablan de perros falderos. ¡Casarte! primero consentiría que te ahorcases. El casamiento, hijo mio, es una accion aleve; y un amigo, un verdadero amigo, nunca puede aconsejar á otro que la cometa temerariamente. Mira que yo tengo experiencia en estas materias y creo que cuando una mujer se ve casada, se verifica una terrible revolucion en su sistema; todas las buenas cualidades que antes tenia desaparecen como las bolas de la caja de un jugador de manos: verdad es que

aparecen en el otro lado de la caja , en el lado vuelto al público , mas para el pobre marido han dejado de existir para siempre. ¡ Pardiez, Morton ! te repito que en estas materias tengo una experiencia que tú nunca has tenido, por mas talento con que te creas. Si fuese un buen casamiento el que pensaras hacer ; si fueras á casarte, ó con la influencia, ó con la riqueza, ó con un buen destino en la corte, pase, alguna disculpa tendrias ; pero el casamiento de que me hablas tal como es, no hay manera de disculparlo, y extraño mucho que un muchacho de tu genio pueda pensar en tal insensatez. La elevada cuna, Morton, ¿qué diablos significa, mucho mas siendo nobleza de otro pais? ¡ una muchacha extranjera y lo que es peor española ! ¡ Pardiez, hombre, como si no tuvieras bastante azogue en las mujeres inglesas vas á exportarlo de España!

¡Ah, Morton, Morton! ¿Sabes tú lo que son las mujeres de ese país? Pero respecto á mi consentimiento nunca le daré, nunca; y aunque no te amenazo con desheredarte, ni cosa semejante, sin embargo, creo tener derecho á exigir alguna cosa en cambio del grande afecto que siempre te he tenido; y no dudo que me complacerás en una bagatela como es la de abandonar los amores de esa española. Así, no pienses mas en ella, y si quieres hacer el amor, mujeres hay de sobra con quienes no tendrás necesidad de casarte. Me parece que antes estabas muy bien con lady Hasselton (¡que hermosa es, Dios la bendiga!) Mas á pesar de lo que te he dicho, no creas que estoy enfadado contigo, no es tu tío tan severo, bien lo sabe Dios; pero, querido hijo mio, esto nada tiene que ver con lo otro, y de lo otro no quiero que me hables mas. La



gota me incomoda de manera que me veo obligado á terminar esta carta. Siempre tuyo tu tío.

WILLIAM DEVEREUX.»

«P. S. Bien considerado, creo hijo mio que necesitarás dinero, aunque siempre has sido parco en gastar. Los señores Child y mi platero en Aldersgate tienen órden para darte con recibo tuyo cuanto puedas desear; espero que ahora no te faltará nada para vivir alegre y feliz. ¿Por qué no escribes una comedia? ¿Pasó ya esa moda?»

*Carta de Aubrey Devereux.*

«He sondeado á mi tío, querido Morton, segun lo deseabas, y siento tener que decirte que le he encontrado inexorable. Tu carta le ofendió mucho y declaró que te escribiría sobre el asunto.

Yo le hice presente todo lo que me digiste acerca de las virtudes de esa jóven y le recordé tu claro entendimiento y buen juicio en muchas cosas, diciéndole que era una garantía suficiente de tu prudencia en esta ; pero ya sabes las opiniones libertinas de mi pobre tío y el desprecio con que siempre ha mirado á las mujeres ; creo que le habrias desagradado menos con el repugnante crimen de unas relaciones ilícitas, que con la amable debilidad de un casamiento imprudente , ó de cualquier clase de casamiento , pues nunca consentiría en él hasta que llegase el tiempo de dar herederos á sus estados . »

Aquí Aubrey del modo mas afectuoso y solícito para mí , pasaba á manifestarme el gran riesgo que correrían mis intereses si me casara á disgusto de mi tío , el cual á pesar de su bondad , desobedecido en un punto tan grave para él,

podria considerar mi desobediencia como afrenta personal. Recordábame tambien cuánto me quería Sir William y todo lo que habia hecho por mi, é insistia en que era de mi estricto deber dilatar, si no romper absolutamente, el matrimonio que intentaba. Sobre estos puntos se estendia mucho y con elocuencia, y ciertamente esta parte de su carta no dejó en mi ánimo una impresion ni muy lisonjera ni muy consoladora.

Ahora bien, mi anciano tio sabia tanto de amor como Lucio Munnio de bellas artes (1) y era imposible persuadirle que para satisfacer una amorosa pasion no valia lo mismo una mujer que otra, con tal que ambas fuesen iguales en hermosu-

(1) Lucio Munnio fué un cónsul romano, que trasladando á Roma las mas célebres estátuas de la antigüedad de Grecia, previno á las personas encargadas de su translacion que si estropeaban alguna tendrian que hacer otra para reemplazarla.

ra. Por tanto yo sabia que era incapaz así de comprender mi amor á Isora como de reconocer los derechos que esta tenia sobre mí. Por lo demas me habia guardado de referirle la generosa imprudencia con que Isora al saber que estaba herido se habia presentado en mi casa ; porque si lo hubiera hecho, mi tio , como un cortesano del tiempo de Carlos II, habria tenido presente las ventajas que se podian sacar de aquella imprudencia y no la gratitud debida á tal prueba de afecto. Tampoco hablé de esta circunstancia á Aubrey porque me pareció demasiado delicada para comunicársela por escrito ; por consiguiente al aconsejarme que dilatase mi matrimonio , no estaba enterado de la necesidad que hacia inútil su consejo. El dilema que yo tenia que resolver era este: ó casarme al momento y ofender de este modo con la mayor insolencia y falta de

decoro á mi tio á quien amaba tanto y que de cierto interpretaría desfavorablemente para mí este acto, ó diferir el matrimonio, separarme de Isora y dejar á mi futura esposa espuesta á las murmuraciones á que daría lugar su residencia por tantos dias en mi casa, residencia que no habia habido medio de ocultar, porque los criados, gente maliciosa y aborrecible, tienen mas lenguas que ojos tenia Argos, y mi extravagancia juvenil habia llenado la casa de esta peste de la sociedad. Esta última medida era imposible; la primera era muy dolorosa de adoptar. Habia sin embargo un término medio, el del matrimonio secreto: este medio no evitaba todos los males, pero impedia muchos; satisfacía la impaciencia de mi amor, colocaba á Isora bajo una protección segura, ponía á cubierto su honor desde el momento en que se hiciese pú-

blica la ceremonia, y evitaba la nota de ingratitud, desobediencia y falta de delicadeza para con mi tío, á quien entre tanto podria tener tiempo y ocasion de calmar y persuadir á que me diese el consentimiento que yo estaba seguro de conseguir al fin de su corazon bondadoso.

Ciertamente que á este plan podian hacerse objeciones, principalmente de parte de Isora; pero esta fué la primera que al indicarle yo la proposicion allanó todas las dificultades. La cualidad mas eminente del carácter de Isora era la generosidad, cualidad mas peligrosa que ninguna, ya para un hombre, ya para una mujer. Isora era siempre el último ser humano cuya opinion se necesitase consultar; y no bien llegó á entender cuál era la medida mas prudente que debia adoptarse para mi interés, la aceptó como suya é insistió en que se llevase á cabo.

Aunque me costaba mucho desobedecer á mi tío; aunque mi amor no hubiera sido tan grande; aunque una sonrisa de Isora no hubiera sido para mí lo que realmente era, no habria podido sacrificar tan noble y divino corazón, porque sacrificarlo habria sido cometer un crimen imperdonable. En las circunstancias en que me hallaba, las razones de mi tío no podian rendirme, mucho menos sus preocupaciones. Pero si he hecho alguna justicia al carácter del caballero, creo que hasta las mas jóvenes lectoras le perdonarán la falta de simpatía en este punto si consideran cuán simpático era el buen anciano en todos los demas.

Y aquí podia yo hacer un excelente discurso sobre la misteriosa pasión del amor; aquí designando sus causas y su inseparable conexión con la imaginación, podria demostrar que solo en ciertas cla-

:

ses de la sociedad y en ciertas épocas de la vida, se engendra el amor verdadero, puro y elevado. Sí, podría probar hasta la evidencia que en la corte de Carlos II era tan imposible que se arraigara en los corazones semejante sentimiento, como lo hubiera sido á una peluca de Duvillier producir mirtos. Y no debemos esperar que un hombre por mas sensible y afectuoso que sea, simpatice con sentimientos que por sus circunstancias de nacimiento y posicion no pudo llegar nunca á experimentar.

Nos casó, pues, en secreto un cura católico: Saint-John y una señora anciana que habia sido madrina de mi padre (pues yo deseaba que una mujer asistiese á la ceremonia, y elegí á esta buena vieja, de quien estaba seguro que no me habria de descubrir, porque siendo excesivamente sorda, nadie hablaba con



ella y apenas salia de casa) fueron los únicos testigos. Alquilé una pequeña casa á las inmediaciones de Londres, rodeada por todos lados de altas tapias que protegian contra la curiosidad y contra la violencia. Esta fué en efecto la única razon que me indujo á preferirla entre otros edificios mas cómodos y mejor situados; pero interiormente la llené de todos los objetos de lujo y comodidad que la riqueza y la prodigalidad unidas podian proporcionar. Allí, bajo nombre supuesto, llevé á mi esposa, y allí pasaba la mayor parte de mi tiempo. Los criados que tomé para su servicio creian que era un rico comerciante, y esto les explicaba mis frecuentes ausencias (ausencias que la prudencia hacia necesarias), la riqueza que ostentaba y las precauciones de cerrojo, barra y tapias, que ellos imaginaban dirigidas á defender mi dinero contra los ladrones.

¡Oh cuán embriagado de amor vivía en aquel Eliseo, en aquel Tadmor del desierto de la vida! ¡cuán dulce es la posesion del amor primero! Es como si la poesía, la música, la luz y el fresco aliento de las flores se confundiesen todos en un ser, del cual se originase nuestra existencia. Es el contento llevado hasta el arrebató, que no deja nada que desear, que no permite experimentar otra sensacion. ¿Qué era el aire que yo habia respirado hasta entonces, la tierra que hasta entonces habia visto? Mi corazon vivia ya en un nuevo mundo, y todos los sentidos se habian convertido en uno, el del deleite profundo, silencioso, ilimitado.

Pero un amor de esta especie no es á proposito para ser referido en una historia como esta. No cansaré mas al lector con la narracion de mi felicidad. Desde mi primera reunion con Isora habia

abandonado las relaciones de los sugetos en que antes tan mal empleaba el tiempo. Tarleton fué el primero que se resintió de mi proceder.—¿Qué teneis? me dijo un dia; ya no os gustan la bebida ni el juego. Decis que las mujeres os parecen mas pesadas y enojosas que un predicador de Norfolk: ni los títeres, ni el teatro, ni Spring Gardens, ni el circo, ni Vills, ni el club de Kit-Cat, ni el jardin de las Moreras, ni el Mercado Nuevo son ya de vuestra devocion ni reciben vuestros homenajes; ¿qué mala yerba habeis pisado? Hablad.

—La indolencia.

—¡Ah! ya entiendo, os cansan todas esas cosas, hombre estragado; marchaos al campo; su verdor os hará recobrar la alegria despues que hayais vuelto á Londres convertido en un nuevo ser; verdaderamente sería la capital insoportable, si las

provincias no lo fuesen mil veces mas. Marchaos al campo, conde, ó abandono vuestra amistad.

—¡Abandonadla! dije bostezando, y Tarleton se enojó é hizo lo que yo deseaba. Así perdí un amigo tan fácilmente como le habia adquirido; pero no me hubiera sido fácil librarme de él, si no me hubiese debido ciertas monedas, de las cuales, desde el momento en que abandonó mi amistad, la buena educacion le prohibia decirme una palabra. No se conoce el valor del dinero hasta que uno ha aprendido á emplearlo como conviene.

Esto en cuanto al amigo. En cuanto á lady Hasselton, resolvió, segun Tarleton habia previsto, vengarse de mí jugándome alguna pasada. Nuestro rompimiento no habia realmente tenido otra causa mas que la poderosa influencia de

las cosas pequeñas. Mi querida vivía en un mar de bagatelas, y se desesperaba cuando veía que su amante se resistía á navegar en el mismo Océano. Esto era mucho esperar de mí; así, después de haber trenzado nuestras ligaduras de seda, dándoles toda especie de formas fantásticas, reñimos una noche y las rompimos. No bien me separé de la amistad de Tarleton, lady Hasselton le recibió por amante en mi lugar: ocho días después me encontré con una carta anónima, informándome de la violenta pasión que había inspirado á cierta dama de la corte, y rogándome que asistiese á cierto punto y en hora señalada, donde la encontraría. Dos veces examiné la carta y hallé en uno de sus extremos dos *g' s'* peculiares de la caligrafía de lady Hasselton, aunque el resto de ella, excepto la mala ortografía, estaba tal cual disfrazado. Hallábase

á la sazón conmigo Mr. Fielding.—¿De que os turbais?—dijo arreglándose las charreteras de la pierna.

—Leed, cotesté dándole la carta.

—¡Cuerpo de tal y qué feliz sois! exclamó el elegante. Supongo que asistiréis á esa cita en alas del amor.

—Suponeis mal, amigo mio, sospecho que esta carta viene de una viuda vieja y rica á quien aborezco de muerte.

—¡Una viuda vieja y rica! repitió Mr. Fielding, á cuyos ojos tenia cierto atractivo picante el dote de una viuda, y que por tanto pensaba que habia pocas flores virginales capaces de proporcionar tantas ventajas, ¡una viuda vieja y rica! Teneis razon, conde, no vayais, no penseis en ello; no puedo sufrir á esos seres tan depravados. ¡Una viuda! Esa sería una afrenta mortal á vuestra galantería.

—Es cierto, dije ; pero supongamos que fueseis en mi lugar.

—Primero me dejaría fusilar, dijo Mr. Fielding , despidiéndose de mí y pidiéndome la carta para envolver en ella unos dulces.

No necesito añadir que Mr. Fielding asistió en mi lugar á la cita, donde recibió en forma de una buena paliza los favores que se me destinaban. El caso era pues á propósito para que yo le refiriese, no Lady Hasselton, y en esto consiste toda la diferencia en el modo de contar una historia : *me* narrante, de *te* fábula narratur ; *te* narrante, de *me*. ¡Pobre Lady Hasselton, ser escarnecida y tener por amante á Tarleton!

He hecho este paréntesis en mi historia con el fin de hacer honorífica mención de mi amigo y querida, creyéndola debida á sus méritos é instructiva para los

jóvenes que todavía no han visto el mundo, por cuanto les da á conocer la exacta naturaleza y probable duracion de todos los lazos de amor y amistad que en él han de encontrar. Ahora prosigo mi historia.

Escribí á Aubrey dándole las gracias por su intercesion, pero ocultándole la resolucion que habia adoptado. Escribí tambien á mi tio diciéndole que aprovecharía la primera ocasion que se me presentase para trasladarme á la quinta de Devereux y conferenciar con él sobre el asunto de que trataba su carta. Al cabo de algunas semanas recibí las dos siguientes respuestas, la última de las cuales llegó á mis manos pocos dias despues que la primera.

*De Aubrey Devereux.*

Celebro mucho haber sabido por tu



carta, á pesar de las pocas esplicaciones que me das en ella, que has seguido mi consejo. En breve te escribiré mas por estenso; ahora voy á partir para el norte de Inglaterra y solo tengo tiempo para repetirte tuyo afectísimo.

AUBREY DEVEREUX.

P. S. Gerald se halla en Londres: ¿no le has visto? ¡Oh mundo mundo! ¡Como nos apartas del buen camino á pesar de nuestra educacion, de nuestros deseos, de nuestra conciencia y del terrible porvenir que sabemos nos aguarda!

*De Sir William Devereux.*

Mi querido sobrino: te doy gracias por tu carta y por las comedias que me incluyes con ese festivo periódico *El Spectator*, que es muy bueno y tiene gracia aunque su sátira no llega á la sátira

punzante de Rochester y de Sid; pero te repito las gracias porque veo que no estas enfadado con tu tio por haberse opuesto á tus manías amorosas (en las cuales los jóvenes suelen ser muy tercos), pues con tanta solitud provees á mis diversiones. Muy bien, Morton, pero creo que ya te se habrá pasado aquel capricho y te ruego que no me vuelvas á hablar de él cuando vengas. Aborrezco las conversaciones sobre el matrimonio mas que los muchachos aborrecen los azotes. Así me harás el favor de no decirme una palabra del asunto.

Aubrey ha vuelto á separarse de mí, y ahora estoy enteramente solo; no es decir esto que me hallase mejor cuando él estaba aquí, porque el pobre muchacho tenia la casa hecha un hospital, y cuando hablaba á tu madre acerca de esto me respondia murmurando no sé que cosas de

*ejemplo y corrupcion.* Pardiez, Morton, ¿es tu anciano tío, que ama á todos los seres vivientes, hasta al pobre Ponto, un hombre cuyo ejemplo pueda corromper á la juventud? En cuanto á tu madre cada día vive mas retirada, y yo mismo, no sé por qué, pero lo cierto es que ya no me gusta tanto como antes el ver caras extrañas. Acaso consistirá en la novedad de verme solo y abandonado. Y ahora recuerdo que Sid que tenia una lengua de vívora me dijo un día que era imposible.... ¡Pues no iba yo á predicarte un sermón de texto en mi favor! Pero ven, Morton, ven, deseo con ansia ver otra vez tu rostro; no es tan afeminado como el de Aubrey, ni tan perfecto como el de Gerard; pero es doble mas expresivo y bondadoso que el de cualquiera de los dos. Ven antes que sea tarde; conozco que mi vida se vá consumiendo, y

si he de hablarte con franqueza, los médicos me han dicho que no puedo vivir mucho tiempo. Ven y te reirás de nuevo con las conejas de tu tío; ven para convencerle de que hay todavía quien le ame; ven y te contaré un famoso lance que sucedió al viejo Rowley, lance que no te digo ahora porque estoy demasiado triste y enfermo para ello.

WILLIAM DEVEREUX.

Escuso decir que apenas recibí esta carta resolví salir inmediatamente para la quinta de Devereux. Llamé á Desmarais, pero no me respondió; estaba fuera de casa, circunstancia que pocas veces sucedia á aquel exacto y puntual criado. Esperé á que volviese, lo cual no hizo sino algunas horas despues, y le dí las órdenes mas terminantes para nuestra partida. El elegante Desmarais tosió tres veces.—¿Me permitireis, señor, que no

os acompañe? dijo con su aire y tono acostumbrados de obsequioso respeto.

—¿Y por qué? repuse yo. Desmarais me dijo entonces que un pariente suyo acababa de llegar á Inglaterra, donde solo estaría muy pocos dias, y que deseaba pasarlos en su compañía por ser este un placer que tal vez no tendria otra vez ocasion de gozar.

—Aunque estaba acostumbrado á los servicios de mi filósofo de tal modo que no podia pasarme sin él ni por poco tiempo, no me pareció que debia negarme á su peticion; por tanto di órden de que me acompañase otro criado en su lugar. Este cambio me determinó á adoptar un plan que de antemano tenia meditado, á saber, el de ir á caballo hasta la quinta de Devereux y enviar á mi criado con el equipaje en la silla de posta. Esta manera de viajar es aun en el dia la que mas

me agrada, y el lector me encontrará muchos años despues del dia á que aludo caminando del mismo modo y por los mismos parajes.

Debo observar aquí que no confié á Desmarais ni á ninguno de los demas criados el secreto de mi matrimonio ni de mis visitas á Isora. En estas materias soy muy mirado, y de mi confianza, aun en los asuntos mas sencillos, siempre escluyo á las viles y egoistas criaturas de quienes tenemos el miserable honor de ser servidos. La situacion de criado rebajaba á mis ojos aun á Desmarais con todo su aire noble y toda su inteligencia estudiantina. Está tan envilecida y desmoralizada la profesion de sirviente, que si yo necesitase convencerme de la necesidad de reformar las diversas instituciones de la sociedad, me convencería viendo el estado de las relaciones entre los criados y los amos.

Para evitar, pues, que algunos de estos serviles espías tuviese que llevarme el caballo á casa de Isora, tomé el que habia elegido para mi viaje y me dirigí con él á la quinta que habitaba mi mujer con intencion de pasar allí la noche y comenzar mi escursion con el alba.

#### CAPITULO IV.

*Amor.—Partida.—Lecho de muerte.—A pesar de cuanto se diga en contrario, la naturaleza humana es una hermosa fábrica; y aun sus imperfecciones parecen bien al que ha estudiado la ciencia de su arquitectura y aprendido á respetar al Criador.*

Es cosa digna de notarse cuánto se aumenta el amor á consecuencia del temor. Quiero decir, porque el aforismo

necesita una explicacion, que nuestro amor crece siempre en proporcion del temor que experimentamos de perder el objeto amado ó de que este padezca algun daño. Este es un ejemplo de la reaccion de los sentimientos: el amor produce el temor, y el temor reproduce el amor: véase por qué, entre otras razones, las mujeres aman con mayor ternura é intensidad que nosotros, y por qué en todos los grados del amor las frecuentes ausencias son los mayores estímulos de la pasion. Nunca me separaba yo de Isora sin temblar por su seguridad. Temia que Barnard (si he de continuar así llamando á su perseguidor) descubriese otra vez su retiro y volviese á molestarla. Cuando me dirigia á caballo (y esto sucedia casi diariamente) hácia la pacífica y remota mansion que la habia proporcionado, el corazon me latia con tanta violencia, y



mi agitacion era tan intensa, que al llegar á la puerta tenia que esperar algunos minutos antes de poder hablar una palabra para que pasasen recado. Así el misterioso peligro que parecia suspendido sobre la cabeza de Isora, irritaba un amor que por otra parte no necesitaba estímulos; y esta constante excitacion evitó la languidez y el adormecimiento en que suelen venir á parar los afectos domésticos, aumentando mi pasion al paso que disminuian mi felicidad.

A mi llegada á casa de Isora la encontré ya á la ventana esperándome. ¡Cómo brillaron sus negros ojos al verme! ¡Cómo se ruborizaron al mirarla yo sus suaves y hermosas mejillas, á las cuales el amor habia dado últimamente un matiz mas pálido del que solian tener! Y despues ¡con cuán rápido paso me salió al encuentro! ¡Cómo temblaba su voz al

darme la bienvenida' ; Con cuánta verdad se manifestaban en todos sus graciosos ademanes, la alegría, la animacion, el júbilo de su corazon! Es un placer melancólico para el que ha vivido mucho pensar, cuando llegan los dias de su cansada vejez, en la pasion con que fué amado siendo jóven; y cuando uno considera lo que es actualmente, se maravilla de lo que ha sido. Este mútuo amor no se hizo para la vejez, ni puede nunca mezclarse con los pequeños cuidados y leves objetos que en esta sórdida y miserable tierra disminuyen el afecto de los que han vivido mucho tiempo juntos. Nosotros no podiamos guardar para otros un átomo de la gran riqueza de nuestro cariño. Recogiamos como avaros hasta la menor porcion de nuestro inagotable tesoro. Una sonrisa de Isora dirigida á otro me habria destrozado el corazon, y creo que

si hubiéramos tenido hijos, hasta ellos me habrían inspirado celos. ¿Era este un amor egoísta? Sí, era intensa, completamente egoísta, á causa de su mismo exceso; pero en menor escala ninguna mancha de egoísmo empañaba su pureza. No habia objeto en la tierra que uno de nosotros no hubiese sacrificado por contentar el menor deseo del otro. La felicidad é Isora formaban para mí un todo tan compacto, que no podía ocurrírseme la menor idea de la primera que no estuviese íntimamente relacionada con la existencia de la segunda. ¿Era este amor á propósito para atravesar con él los caminos cenagosos é infinitos de la vida? ¿Era á propósito, no ya para la vida entera, sino para aquel período de ambiciosos planes, de tibieza en los afectos naturales, período de fría imitación, y en que el arte nos parece la única belleza, y la re-

gularidad la única gracia? No, conozco que nuestro amor no era á propósito para los períodos de la vida que yo he pasado ya; nos hubiera hecho infelices el ver como se hubiera ido disminuyendo, y el recordar lo que un tiempo habia sido. Mejor es llorar la pérdida del arbolillo tierno, que deplorar la del jugo que alimentaba el árbol ya crecido. Vos que ahora recorreis estas páginas, ¿sois madre? Si lo sois respondedme á una pregunta. ¿No querriais mejor que el niño que mas amais, aquel que habeis alimentado á vuestros pechos, cuya infantil sonrisa habeis mirado con complacencia, cuyo dolor habeis sentido mas que vuestros propios dolores, cuyo sueño puro y tranquilo habeis velado rezando por él; por cuya dicha habeis formado tantos votos y concebido tan brillantes esperanzas; no querriais mejor que esta jóven é ino-

cente criatura, cuya pureza no han alterado los cuidados, cuya alma no ha manchado ningun crimen, bajase á la fria tumba; no querriás mejor, repito otra vez, sufrir este dolor, amargo y profundo como es, que ver como la víctima predestinada crecia y avanzaba en edad, al paso que vuestro cariño hácia él iba mas y mas debilitándose en vuestro corazon; y despues, cuando hubiese llegado á la edad madura y vos á la vejez en que ya no podriais formar nuevos lazos para reemplazar á los antiguos que se habrian relajado; cuando el dolor hubiese destruido vuestras mas halagüeñas esperanzas que parecian indestructibles; cuando el delito hubiese manchado aquel corazon angelical que parecia impecable, verle consumirse dia por dia y hundirse al fin en la tumba de que en su juventud se habia librado? Decidme ¿no es la prime-

ra suerte mejor que la segunda? Y si habeis llorado alguna vez sobre la tumba de un hijo muerto en edad temprana; si habeis visto la jóven flor marchitarse en el verde suelo de vuestro afecto; si habeis perdido el ligero paso, el risueño rostro, la pura alegría que hacian para vos de este mundo un perpétuo paraíso; si todavía llorais todos estos bienes perdidos, decidme ¿no es un consuelo para vuestro dolor pensar en las calamidades de que se ha librado el que ya no existe? La joven criatura que llorais habia bebido ya la nata, el dulce elixir de la vida; ¿no es consolador pensar que no llegó á beber las heces? Respondedme aunque me respondais llorando. Aflicida madre, vuestro hijo era para vos lo que el primero y único amor era para mí, y si pudierais sondear hasta lo mas profundo de mi corazón, allí encontraríais un do-

lor y un *consuelo* que tiene mucha analogía con el vuestro.

Cuando la luz de la siguiente aurora penetró en nuestro cuarto, Isora estaba todavía durmiendo. He observado que los jóvenes vistos dormidos á la luz de la mañana parecen mas jóvenes de lo que son, tanto porque el aire y el ligero sueño del alba dan mas frescura á sus mejillas, cuanto porque la descuidada negligencia y graciosas posturas propias de la juventud, no pudiéndose manifestar durante el dia, porque la etiqueta y los usos sociales lo impiden, sorprenden cuando se las vé en el descuido del sueño. Cuando estaba contemplando la serena y juvenil belleza de Isora, sobre la cual parecia estenderse un ambiente de inefable inocencia como el aire mas suave y sutil de que los antiguos poetas, autores de las bellas creaciones de nayades y ninfas, suponian

rodeadas á las diosas, no podía yo figurarme que aguardase ninguna calamidad á una persona cuya infancia parecia destinada á prolongarse por siempre... á prolongarse como si no debieran disminuirse nunca los delicados matices de su rostro y la ternura de su inocente corazón. Al contrario, cuando me incliné hácia ella y sentí en el rostro su tranquilo y puro aliento, lejos de ocurrirme presentimiento alguno de mal, imaginé que segura en su pureza nada tenia que temer, y que aun el dolor de la separacion se mitigaba con la confianza que mis miradas la infundian.

Me levanté con el mayor silencio, pasé al cuarto inmediato y me vestí. Oí relinchar á mi caballo en el patio mientras el criado le paseaba de un lado á otro. Volví á entrar en la alcoba para despedirme de Isora y ya la hallé levantada.— ¡Cómo, dije, no hace mas que tres mi-



nutos que te dejé dormida, salí de la alcoba con paso tan leve como el del tiempo cuando estoy contigo; y sin embargo me has sentido!

—¡Ah! contestó Isora sonriéndose y ruborizándose al mismo tiempo, creo que hay un instinto para conocer, si la persona que amamos está ó no á nuestro lado, aun cuando todos nuestros sentidos esten paralizados. En el momento en que me dejaste, lo conocí, aunque estaba dormida y desperté. ¡Pero no, todavía no te irás, no querrás separarte de mí tan pronto!

Me parece que estoy viendo ahora á Isora como estaba entonces, asomada á la ventana que habia abierto, examinando con la minuciosa solicitud de una mujer hasta el aspecto de las nubes, y rogándome me precaviese contra las injurias del tiempo. Parece que la veo ahora

como estaba en el momento en que después de haberme separado de sus brazos y al llegar á la puerta volví la cara para dirigirla una mirada de despedida: sus ojos animados con una expresion inefable de ternura; sus lábios, separados y trémulos procurando formar una sonrisa; sus lustrosos rizos negros como el ébano, entre los cuales brillaba la luz purpúrea de la mañana como un rayo de sol encerrado en ellos, cayendo en largas y hermosas trenzas sobre su cuello transparente; su cabeza inclinada en actitud de muda desconfianza; sus brazos medio extendidos y cayendo á medida que mis pasos se alejaban; la desmayada expresion de su rostro y ademanes de abatimiento y melancolía todo se me representa doloroso y sin embargo dulce para mí, como lo ví hace años á la luz pálida y fria de la mañana,

—Adios, amor mio, mi único amor, dije, el cielo te bendiga; y como mis labios temblasen, añadí con acento de convicción, y te bendecirá. No me detuve mas; salté á caballo y emprendí mi camino con tanta ligereza como si en vez de separarme de mi esposa marchase en su busca.

Al dia siguiente ya muy entrada la mañana, llegué al parque en que estaba situada la quinta de Devereux. No quise entrar por ninguna de las puertas principales sino por una escusada. Mi caballo estaba muy cansado, porque habia caminado mucho y á buen paso; al verme en el parque me apeé, y poniéndome la rienda en el brazo, me dirigí á la quinta á pié y despacio. Al pasar por un bosquecillo espeso que rodeaba el parque, y en el cual se habian abierto varios paseos y caminos de herradura, divisé á corta distancia á un hombre que se hallaba en la

misma direccion que llevaba yo. Estaba con los ojos fijos en tierra y tan absorto en sus meditaciones, que ni me vió ni me oyó. Pero yo tuve bastante tiempo para examinarle y convencerme de que era Montreuil. ¿Por qué causa se hallaba allí un hombre á quien yo creia en Londres complicado con Gerald en planes políticos y para quien aquellos bosques no solo eran un terreno prohibido, sino que debian tener poco atractivo despues de las relaciones que le unian con grandes y ministros? No me detuve, sin embargo, á reflexionar demasiado sobre su aparicion, y apresuré el paso con la esperanza de que en llegando á la quinta sabría el objeto de su visita.

Las puertas principales de la plaza exterior estaban abiertas como de costumbre; pasé por ellas sin que nadie reparase en mí, y llegué en breve á la

puerta de las habitaciones. El portero que salió cuando llamé, lanzó al verme una exclamacion que me pareció mas bien de dolor que de bienvenida.!

—¿Cómo está tu amo, pregunté?

El portero sacudió la cabeza pero no se dió prisa á responder, y yo un tanto alarmado seguí adelante con precipitacion y sin repetir la pregunta. En la escalera encontré al anciano Nicholls, ayuda de cámara de mi tio: le detuve y le pregunté por él. Mi tio estaba postrado en cama con un ataque de gota al estómago; se le habian aplicado algunos remedios, pero se temia que fueran ineficaces, y los médicos que habian llegado una hora antes que yo, habian declarado que probablemente no saldria de la noche. No esperé á oir mas, contuve mi emocion, subí corriendo las escaleras, llegué á la puerta del cuarto de mi tio, me detuve

y escuché; todo estaba en silencio, abrí con suavidad, entré sin hacer ruido, y llegándome á la cabecera me arrodillé cubriéndome la cara con las manos, porque necesitaba tiempo para reponerme antes de atreverme á levantar la vista. Cuando alcé los ojos ví á mi madre al lado opuesto sentada en una silla, teniendo en una mano un vaso que contenia una droga medicinal, y en la otra un reloj. Me miró pero no me dirigió la palabra, hizome una seña para indicarme que me habia reconocido y volvió á mirar al reloj. Mi tio me tenia vuelta la espalda y permanecia tan inmóvil, que por algunos momentos creí que estaba dormido: al fin se agitó como para sufrir mejor los dolores.

—Ya es mas del mediodia, dijo á mi madre, ¿no es verdad?

—Son las cuatro, tres minutos y seis

segundos, contestó mi madre mirando mas atentamente al reloj.

—Mi tio suspiró.—¿Se ha enviado un expreso para que venga mi querido Morton, señora?

—Anoche salió á las nueve y media en punto, contestó mi madre mirándome.

—Todavía no tiene tiempo de haber llegado, repuso mi tio, y volvió á agitarse en la cama. ¡Pche! señora, cómo me molesta esta almohada!

—¿Está muy alta? dijo mi madre.

—No, contestó mi tio con voz desmayada, no, no, el mal no está en la almohada. Hoy hace buen dia ¿eh?

—Muy bueno, dijo mi madre, desearía que pudieseis salir.

Mi tio no respondió; hubo un momento de silencio.—Pardiez, señora, es ese ruido el de un coche? dijo al fin Sir William.

—No, Sir William, pero...

—Yo oigo una cosa, pero mis sentidos no están ya tan espeditos, interrumpió mi tío. Ojala que pueda vivir siquiera otro día; no quisiera morirme sin verle. ¡Pardiez, señora, detras de mi oigo una cosa, sollozos son, vive Dios! ¿Quién llora al pobre anciano? Y mi tío se volvió hácia mí y me vió.

—¡Querido tío! exclamé, y no pude decir mas.

—¡Ah Morton! dijo el buen viejo estrechándome afectuosamente la mano. Vive Dios que me parece que he vencido á la muerte ahora que te veo. ¿Pero qué es eso, hijo mio? ¿Lloras? No, ni Sid ni Rochester lo hubieran creído aunque se lo hubiese jurado. Anímate, hijo mio, anímate.

Pero viendo que yo lloraba y sollozaba cada vez mas, continuó despues de



un rato de pausa hablándome en el estilo figurado que adoptaba algunas veces y que habia aprendido con la lectura de dramas.

—¿De qué te aflijas, Morton? me dijo, ¿de que la vejez arroje de sí el peso de sus dolores y amarguras, y llegue por fin al término de su molesto camino, en el cual solo ha encontrado frias miradas é indiferente acogida? No, no, deja que el pobre viejo se desembarace de su pesada carga y descanse en la tumba. Pero me alegro de que hayas venido; mas quiero una de tus miradas, una sonrisa tuya al oír los añejos refranes ó cuentos de tu tío, que todas las caras tristes que me rodean, salvo, sin embargo, la de tu madre; y mi tío con su acostumbrada galantería se volvió cortesmente hácia ella.

—Querido Sir William, dijo mi madre, ya es tiempo de que tomeis la medicina

¿y no sería mejor que vieséis al capellan? Afuera está esperando.

—Pardiez, dijo mi tio volviéndose de nuevo hácia mí, esta es la cancion de todos: cuando no hay esperanza para el cuerpo viene el médico, y cuando el alma ya no puede enmendarse viene el cura. No, señora, no, es demasiado tarde para los dos.—Gracias, Morton, gracias, añadió viendo que me levantaba y le ofrecia la medicina que habia tomado de manos de mi madre, gracias, es inútil; pero ya que te empeñas la tomaré; y se bebió la poción.

Mi madre se levantó y se dirigió á la puerta. Hallábase esta entornada, de modo que al salir mi madre, á quien seguia con la vista, pude ver el traje negro del capellan.

—Todavía no, dijo mi madre en voz baja, esperad. Y siguió adelante y fué á

sentarse en silencio junto á una ventana para rezar el rosario.

Mi tío continuó.—Me están acosando, Morton, como si hubiese sido toda mi vida un pagano, y aun creo que ellos interiormente están escandalizados de verme morir con tanta serenidad. Pardiez, nunca he podido pensar que el cielo se haya hecho solamente para cobardes, ni menos que la salvacion sea como una especie de revista de comisario, y que podamos hacer diabluras hasta que llega la hora de responder por nuestros nombres. Yo te referiría sobre esto un cuento; pero es demasiado largo y no tenemos tiempo ahora. En fin, por mi parte adoro y reverencio á Dios, y me parece que no se ofende demasiado de los pasados goces de nuestra vida, cuando hemos procurado que otros los disfruten tambien, ni creo como tu madre y Aubrey ¡pobre

ehico! que una palabra ociosa tiene el mismo peso en la balanza del Omnipotente que una palabra mala.

—Bienaventurados, dije yo llorando, bienaventurados aquellos en cuyas almas hay tan pequeñas manchas como en la vuestra.

—Gracias, Morton, por tu buena opinion, y no sabes cuán singular sonido tienen para mí tus palabras despues de tantas exortaciones al arrepentimiento como me han hecho. Sé que he tenido mis faltas, y que mi conducta no ha sido la mas regular; pero nunca agravié á los vivos ni calumnié á los muertos, ni cerré mi corazon á las súplicas del pobre: este hubiera sido un gran pecado. Yo he amado á todos los hombres y á todas las cosas. Nunca he tenido mala voluntad á nadie. ¡Pobre Ponto! Morton, cuidarás del pobre Ponto luego que yo muer-

ra.... No te aflijas, hijo mio, no te aflijas. Sal un rato afuera y serénate mientras veo al cura; quiero agradar á tu pobre madre, y ya que ahora piensa mal de mí, no quisiera que pensase lo mismo *mañana*.

Salí del cuarto y esperé á la puerta hasta que el sacerdote terminó su mision. Entonces llegó mi madre y dijo que Sir William se habia quedado dormido. Mientras estaba hablando me sorprendió Gerald con su aparicion, y cuando supe que habia llegado hacia tres dias, me espliqué la presencia de Montreuil. Saludé-le á distancia y él me devolvió el saludo con el mismo orgullo. Sin embargo, me pareció que participaba de mi emocion aunque en menor grado, y esto me dió mejor idea de él. A pesar de todo nos mantuvimos separados y no nos reunimos como debian hacerlo dos hermanos junto

al lecho de muerte de su comun bienhechor.

—¿Te quedarás aquí? me preguntó mi madre.

—No señora, respondí, quiero velar á su lado. Diciendo esto entré en la alcoba con el mayor silencio y me senté á la cabecera de la cama. Mi tio estaba todavía dormido y su sueño era tan pacífico y tranquilo como el de un niño. Noté, sin embargo, que se le iba demudando cada vez mas el semblante; pero aquel cambio, terrible como era, no tenia nada de deforme ni espantoso. Su alma tan llena de bondad no podia, al separarse del cuerpo que tan bien habia secundado sus impulsos, dejar en él una fea marca.

Acababa de ponerse el sol cuando despertó; volvióse hácia mí y se sonrió al verme.

—¿Es muy tarde? dijo, y observé con

dolor que su voz se habia debilitado.

—No señor, no mucho, respondí.

—Bastante tarde es, hijo mio; ya se ha puesto el sol y es buena ocasion para morir cuando todo alrededor nuestro es frio y oscuro. Me parece mas fácil despedirme de tí, Morton, cuando apenas veo tu rostro: no quisiera morir de dia. Dame tu mano, hijo mio, y dime que no estas resentido con tu tio por haberse opuesto á tus amores. He oido de esa muchacha cosas que me hacen alegrar de que todo se haya acabado, aunque no podia decírtelas antes. Ya es muy de noche, Morton. He tenido un sueño agradable. Pardiez, no creo que un malvado pudiera dormir tan bien. Esa leña apenas arde, Morton, aquí hace mucho frio, arrópame bien; dóblame la colcha sobre las piernas. Me acuerdo que una vez paseando en el Mall me dijo Sid «Devereux... pero cada vez

tengo mas frío , Morton ; súbeme las mantas mas arriba y cúbreme bien la espalda. »  
Devereux, dijo Sid... Pardiez, Morton, esto es helarse... ¿ Donde estás? No te veo; ¿se ha apagado el fuego?... Acuérdate de tu anciano tio , Morton, y... y... no te olvides del pobre... Ponto... Dios te bendiga , hijo mio, Dios os bendiga á todos.  
Y espiró.



## CAPITULO V.

*Gran cambio de esperanzas.*

Encerréme en las habitaciones preparadas para mí (no eran las que en otro tiempo habia ocupado) y no quise admitir á nadie en ellas, hasta que al cabo de algunos dias mi madre vino á llamarme para que asistiese á la apertura del testamento. La buena señora andaba mas solícita de lo que yo esperaba.—Es lástima, dijo conforme bajábamos las escaleras, que Aubrey no esté aquí y que no sepamos exactamente el punto donde se halla, de modo que temo que la carta que le he enviado se retrase mucho ó no llegue á sus manos.

—¿No está aquí el padre Montreuil?  
dije negligentemente.

—No, respondió mi madre, seguramente que no.

—Pues ha estado, repuse muy sorprendido. Yo mismo le ví el día de su llegada.

—¡Es imposible! dijo mi madre con muestras evidentes de admiración; y viendo que de todos modos ella nada sabía de lo que pasaba, guardé silencio.

Leyóse el testamento en el gabinete donde mi tío acostumbraba á estar. Me pareció que era un sacrilegio elegir tal sitio para semejante lectura, pero no dije nada. Gerald, mi madre, el escribano de la población inmediata llamado Oswald, y yo, éramos las únicas personas presentes. Mr. Oswald tosió tres veces, y rompió el sello. Después de un preámbulo escrito en el estilo peculiar del testador, llegaron las disposiciones particulares del testamento. Desde la muerte de

mi pobre tío no había yo pensado una vez siquiera en la probabilidad de heredarle; en realidad sabiendo que era su favorito no podía, aunque hubiese pensado en ello, abrigar duda ninguna acerca de su intención. ¡Cuál fué, pues, mi asombro al oír que todos los bienes de mi tío eran legados á Gerald, á quien en el testamento se prodigaban los mayores elogios! A Aubrey se le asignaban cuarenta mil libras, y á mí veinte mil (capital considerablemente menor que la renta anual de las régias posesiones de mi tío). Después seguía una lista de pequeños legados; á mi madre una renta de tres mil libras al año, con habitaciones en la casa durante su vida; á cada uno de los criados cantidades suficientes para vivir con independencia; á unos cuantos amigos y parientes lejanos de la familia algunas mandas como recuerdo del testador. Ni

fueron olvidados tampoco los caballos de su carruaje, ni los perros que se alimentaban con las sobras de los criados, sino que, según la voluntad de mi tío, debían quedar exentos de trabajo por toda su vida.

Concluyóse la lectura: yo no podía creer á mis oídos: ni una palabra se decía en aquel documento para motivar la prioridad que se daba á Gerald.

Levanteme tranquilamente.—Permítidme, dije al escribano, que me satisfaga con mis propios ojos. Mr. Oswald se inclinó y me entregó el testamento: mientras le examinaba dirigí la vista á Gerald; la expresión de su rostro, verdadera ó fingida, manifestaba sorpresa igual á la mía. Recorrí con ojos escudriñadores las palabras del legado; examiné especialmente (porque sospechaba que se hubiesen cambiado los nombres) el

sitio en que se hallaban escritos mi nombre y el de Gerald; pero en vano; todo estaba limpio y corriente, ni habia el menor vestigio de raspadura ni de enmienda. Reparé tambien en el estilo del testamento; era sin duda de mi tío; nadie podia haber fingido ó imitado las frases y los giros que le eran peculiares, y sobre todo muchos de los párrafos (los que se referían á elogios de las personas) eran de su propio puño.

—La fecha, dije, es segun veo muy reciente; el testamento tiene las firmas de dos testigos ademas de la vuestra. ¿Quiénes son y donde estan?

—Roberto Lister el primer testigo, respondió Mr. Oswald, era mi escribiente: ha muerto.

—¡ Ha muerto ! repuse yo. ¿Y el otro, Jorge Davis?

—Es un labrador de las haciendas de

Sir William y está abajo esperando.

—Que suba, dije; y un hombre de mediana estatura, robusto y de aspecto descarado y resuelto entró en la estancia.

—¿Habeis sido testigo de este testamento?

—Si señor.

—¿Y es esta vuestra firma? añadí señalando un garrapato casi ilegible.

—Si señor, dijo rascándose la cabeza. Creo que sí, al menos esas son las J y las D que yo hago.

—¿Y sabeis el contenido del testamento que habeis firmado?

—Yo no señor.

—Quiero decir si sabeis á quien dejó Sir William.... Silencio Mr. Oswald: permitidme que este hombre me responda por sí solo.... á quien dejó Sir William sus bienes.

—No señor, el testamento era muy

largo y Maese Oswald que está presente, me dijo que no se usaba leerlo sino solo poner mi firma como testigo al lado de la firma de Sir William.

—Basta, podeis retiraros; y Jorge Davis desapareció.

—Mr. Oswald, dije acercándome al escribano, siento mucho ofenderos, pero sospecho que aquí no se ha jugado limpio. Tengo razones para estar convencido de que Sir William Devereux no ha podido hacer este testamento. Os prometo que llevaré inmediatamente el negocio ante los tribunales, y, si como sospecho, sois culpado, pagareis vuestro delito en la horca.

Me volví á Gerald que se habia levantado mientras yo hablaba; y antes que pudiera dirigirle la palabra exclamó con evidente y extrema agitacion.

—Morton, ¿qué quieres decir? supon-

go que no dirás, que no podrás, que no osarás decir, que yo, tu hermano, me he envilecido hasta el punto de forjar ó hacer forjar este testamento.

La agitacion de Gerald me afirmaba mas y mas en que él estaba complicado en este crimen.

—Señor mio, respondí con frialdad, el caso es este: mi tio no ha podido hacer tal testamento; todos los que esten enterados de las diversas circunstancias de cada uno de nosotros respecto á Sir William, tendrán por imposible que lo haya hecho. Aquí pues ha habido fraude; ¿cómo? No lo sé: ¿quién es su autor? lo sé, pero no quiero decirlo.

—Morton, Morton, eso es insufrible: yo no puedo aguantar tales acusaciones ni aun de un hermano.

—¡Acusaciones! vuestra conciencia habla, señor mio, no yo; este fraude á



nadie favorece sino á vos; perdonadme si saco una consecuencia l3gica de un hecho cierto.

Diciendo esto volví la espalda y salí bruscamente de la estancia. Subí las escaleras que conducian á la mia; en ella encontré á mi criado preparando el traje con que aquella misma tarde habia de asistir al funeral de mi tio. Dile con voz tranquila y serena las instrucciones necesarias para que inmediatamente despues del entierro me siguiese á Londres, y luego pasé á la pieza en que estaba depositado el cuerpo del difunto. Hallábase aquella colgada de negro; un primoroso paño de tumba bordado con las armas de nuestra casa cubria el ataud, y al lado de las luces que daban á aquella antigua sala una claridad mas brillante, aunque mas terrible, estaban sentadas las asalariadas personas que velaban al muerto.

Mandales que me dejaran solo, y arrodillándome junto al féretro, dejé correr abundantemente mis lágrimas. Después me levanté, y me retiraba otra vez á mi cuarto cuando encontré á Gerald.

—Morton, dijo, te confieso que á mí tambien me ha sorprendido el testamento de mi tío. No vengo á hacerte ofertas; no las aceptarías; no vengo á disculparme; eso sería rebajarme demasiado: nosotros nunca nos hemos tratado como hermanos; no conocemos uno para otro mas lenguaje que el de los extraños. Vengo á pedirte que retractes las injustas y ofensivas expresiones que has pronunciado contra mí, y á asegurarte que si te ha quedado en efecto alguna duda sobre la autenticidad del testamento, lejos de poner obstáculo á que este asunto se vea en los tribunales, yo mismo me uniré á tí para que quede aclarado por este medio.

Grandes esfuerzos tuve que hacer para reprimir mi indignacion mientras Gerald hablaba de este modo. Veia delante de mí al perseguidor de Isora, al fraudulento usurpador de mis derechos, y este enemigo mio me hablaba de su cooperacion para aclarar un asunto en que debia quedar convicto del mas bajo, si no mas negro, de los crímenes humanos; en el tono reservado pero insolente de su voz, habia algo que recordándome nuestra mútua y antigua aversion hacia hervir toda mi sangre á impulsos del aborrecimiento. Volvime á otro lado para no romper el juramento que habia hecho á Isora, porque sentia fuertes tentaciones de hacerlo, y le dije con el tono mas tranquilo que pude.—Espero que no se necesitará instruir ninguna informacion, y de todos modos no quiero deber al hombre á quien mi razon condena ninguna clase de auxilio

para dirigir contra él el fallo de la ley.

Gerald me dirigió una mirada de odio.

—Si no fueras mi hermano, dijo bajando la voz, te dejaría muerto á mis pies por atreverte á dirigirme una acusacion tan deshonrosa para mi claro nombre.

—Es maravilloso, repuse yo con risa sardónica y miradas centellantes en que brillaba toda la ferocidad de mi cólera, es maravilloso ese impulso de amor fraternal que te priva de añadir este último favor á los que ya me has dispensado.

Gerald murmuró una maldicion y echó mano á la espada; inmediatamente tiré de la mia, cuando para salvarnos del gran crimen de una mortal contienda entre hermanos, llegó hasta nosotros un ruido de pasos, y varios criados cargados con los preparativos de la fúnebre ceremonia entraron en la galería que daba frente á la estancia, para colgarla de ne-

gro. Tal vez aquella interrupcion nos hizo recobrar nuestra razon, porque ambos dijimos en el mismo tono y casi con las mismas palabras.— No es para nosotros este modo de terminar la contienda.— Gerald entonces se volvió lentamente, bajó la escalera y desapareció.

Celebróse el funeral aquella noche, al que concurrió numerosa multitud de labradores y arrendatarios. ¡Póbre tío! Todos lloraban por tí menos tus propios parientes. Gerald se presentó con la cabeza erguida, ostentando el poder y magestad de sus formas y dándose ya el aire de dignidad que correspondia al heredero de tan inmensos bienes y que, si he de hablar francamente, tan bien sentaba á su persona. Mi madre tenia vuelta la cara á otro lado, pero en su actitud se conocia que estaba absorta en sus devotas meditaciones. Yo aparentaba la mayor firmeza, no

queriendo que las miradas de los extraños descubriesen las emociones que yo hubiera ocultado aun á las personas de mí mas queridas ; recostéme contra un pilar de la capilla y arropado con la capa, cruzados los brazos sobre el pecho y fijos los ojos en tierra, permanecí separado de todos y en la apariencia inmóvil ; pero cuando el cuerpo de mi tio fué encerrado en el nicho , se apoderó de mí una momentánea debilidad. Dí involuntariamente un paso adelante , exalé un gemido angustioso, uno solo pero profundo, y despues cubriéndome la cara con la capa volví á tomar mi actitud serena y tranquila. Concluyóse la ceremonia ; los espectadores salieron de la capilla formando numerosos grupos y dirigiéndose unos á hacer la corte al futuro señor , otros á llorar al difunto y por último todos á descansar para volver á la mañana si-

guiente á sus acostumbradas tareas, olvidando lo pasado, hasta que llegase el día en que luciese para ellos por última vez el sol y su olvido fuese eterno.

Era ya tan tarde, que abandoné la idea de marchar aquella noche; mandé al criado que me tuviese dispuesto el caballo para la madrugada, y antes de retirarme á descansar pasé al cuarto de mi madre, la cual me recibió con mas cariño que nunca.

—Créeme, Morton, dijo besándome en la frente, créeme, comprendo lo que naturalmente pasará por tí en vista de un suceso tan contrario á tus esperanzas; no te ocultaré que estoy tan sorprendida como tú. Ciertamente Sir William nunca nos dió motivo para suponer que quisiese á tus hermanos, y á Gerald menos que á Aubrey, tanto como te quería á tí; y el pobre caballero no era muy aficionado á ocultar sus opiniones.

—Es verdad, madre, dije, es verdad. Y eso mismo ¿no os inspira alguna sospecha acerca de la autenticidad del testamento?

—¡Sospecha! exclamó mi madre, ¡no, imposible! ¿Sospecha, de quién? No supondrás en Gerald tanta vileza ¿Y quién otro tenía interés en el fraude? Además la firma era indudablemente de mano de Sir William, y el testamento está autorizado por los correspondientes testigos: ¡sospecha! Morton, no, es imposible. Reflexiona cuán extravagante y caprichoso era á veces el genio de tu tío; en fin yo no puedo sospechar....

—Tales cosas, mi querida madre, son y han sido muy comunes en la sociedad; los hombres arriesgan sus almas y sus vidas, que para algunos son todavía mas preciosas, por el barro vil que llamamos dinero; pero basta de esto, la ley, ese



gran árbitro que se come la ostra y divide la concha entre los contendientes, decidirá entre nosotros, y si decide contra mí, como supongo y temo ¿por qué he de rendir culto á la fortuna en vez de mandarla? Dadme vuestra bendicion, querida madre, no puedo permanecer por mas tiempo en esta casa; mañana salgo para Londres.

Y mi madre me bendijo y yo me arrojé á su cuello y la abracé estrechamente. — ¡Ah! dije para mí, esta bendicion vale casi tanto como la herencia de mi tio.

Al volver á mi cuarto encontré sobre la mesa la caja y la espada que me envió el rey de Francia. Habíasela dejado á mi tio al partir para Londres, y despues habia sido hallada entre sus efectos y reclamada por mí. La tomé por el puño y la saqué de la caja.

— Ven, dije impulsado por un entu-

siasmo melancólico, pero grande, ven, mi brillante amiga, contigo me abriré camino en este laberinto que llamamos mundo. Tú, el mayor y mas espedito nivelador de la tierra, tú formas la senda desde el profundo valle á la elevada colina, y conviertes el hacha del soldado en el cetro del monarca! El laurel y las haces y el carro curul y la púrpura imperial ¿qué son sino juegos que alternativamente te sirven de entretenimiento y de recompensa? Fundadora de todos los imperios, propagadora de todas las sectas, tú guiaste al gaula y al godó, y los dioses de Roma y de Grecia cayeron hechos pedazos sobre sus altares; A tu vista los fuegos sagrados de los Parsis (1) empalidecieron, y en tu punta la enseña

(1) Los Parsis eran un pueblo del Asia enemigos de los musulmanes. Adoraban al fuego y conservaban la religion de los magos. (N. del T.)

del muletero (1) brilló como un sol sobre el atónito Oriente! ; Arbitro eterno y déspota invencible mientras existan las humanas pasiones! ; Fastuoso hipócrita que circundas la sangre de gloria, que consagras el homicidio y la matanza con un pomposo nombre, que en su último aliento repite la seca garganta del soldado en la batalla! Estrella de los destinos humanos, yo me postro ante tí é invoco de tu brillante astrología un pronóstico y una sonrisa.

(1) Sabido es que Mahoma fué arriero en su juventud. (N. del T.)

## CAPITULO VI.

*Episodio.—El hijo del hombre mas grande (esceptuando uno) que ha ascendido al trono por medios distintos de los que han usado todos los grandes hombres (menos uno).*

A la mañana siguiente antes de salir el sol emprendí mi camino para Londres, habiendo confiado antes al lugarteniente del sábio Desmarais, el régio regalo y ¡union extraña! el pobre Ponto, el perro favorito de mi tio. Aquí haré un paréntesis para recordar la suerte de Ponto, pues no tendré en adelante otra ocasion mas oportuna de hacerlo. Me acompañó algunos años despues á Francia y murió en edad avanzada. Lloré su muerte por ser la última reliquia de mi pobre tio, y

no me consolé aunque le ví enterrado en el jardín del bizarro Villars, é inmortalizado con un epitafio de la pluma del cortesano Chau lieu.

Dejando al caballo caminar al paso que quería, me entregué á mis reflexiones sobre la extraña mudanza de mi fortuna. No tenia la menor duda de que habia habido fraude en la formacion del testamento. El constante favor con que mi tio me habia mirado; las expresiones que de cuando en cuando dejaba caer como indicios inequívocos de su intento de nombrarme su heredero; la espontaneidad con que habia considerado siempre como la cosa mas natural del mundo que yo le sucediese en sus estados, unido todo á su carácter franco y bondadoso, tan poco dispuesto á infundir esperanzas que no intentase realizar, eran circunstancias bastantes por sí solas para hacerme sos-

pechar de la autenticidad de un legado tan contrario á los hábitos, intenciones y palabras del testador. Pero cuando á estas circunstancias se agregaban el carácter audaz y emprendedor de mi hermano, su odio personal contra mí, su estrecha intimidad con Montreuil, á quien yo creia capaz de los mas negros desig-nios, la repentina y secreta aparicion de este en el dia en que murió mi tio, la agitacion y palidez del escribano, las enormes ventajas que segun los términos del legado se daban á Gerald y no á otro alguno; cuando todas estas cosas, repito, se reunian y congregaban formando un foco de evidencia, no me quedaba la menor duda de la falsedad del testamento y del crimen de Gerald. Ni en el porte y maneras de mi hermano habia yo observado nada que pudiese destruir este convencimiento. Su agitacion era verdadera,

pero su sorpresa podia ser fingida; su oferta de unirse á mí para la investigacion de este arcano, no pasaba de ser una brabata insignificante; su conducta conmigo manifestaba la mala voluntad que me tenia, mala voluntad que podia haberle inducido á cometer el fraude casi tanto como los consejos del interés y de la codicia.

Mas á pesar de mi conviccion profunda, no se me ocultaba la gran dificultad que encontraría para sostener ante la ley mis pretensiones. En cuanto por mi absoluta falta de conocimientos en legislacion podia calcular, nada habia en el testamento en que pudiera fundarse ni aun el menor sofisma de un abogado. Las razones que yo tenia para sospechar, razones tan concluyentes para mí, debian parecer frívolas al juez. Mi tio era conocido como hombre extravagante; porque

cuando un hombre se diferencia de los demas en una cosa, todo el mundo llega á creer que se diferencia de ellos en mil. Su cariño á mí sería á los ojos del pueblo una extravagancia y nada mas, y la disposicion inesperada del testamento un capricho. Ademas, la posesion daba á Gerald una gran ventaja que acaso no bastaría toda mi vida para disputarla, al mismo tiempo que la inmensa riqueza de que podria disponer, acabaría con mi ánimo á fuerza de dilaciones, y con mi caudal á fuerza de gastos. ¡Preciosa prerogativa de la ley destinada á representar el reverso del atributo del Omnipotente! ¡Preciosa prerogativa que llena los bolsillos del rico y vacia los del pobre! *In corruptissima republica plurimæ leges.* Legislacion complicada y crimen impune son sinónimos; reflexion que, sea dicho de paso, nunca me hubiera ocurrido si no hu-



biera tenido un pleito: los que padecen son siempre reformadores.

Revolviendo, pues, en mi mente estos desagradables pensamientos, interrumpidos unas veces por otros de naturaleza mas pura y menos egoista, dirigidos á lamentar la muerte del amigo que habia perdido; y deteniéndome otras veces con complacencia en la idea de volver á ver á Isora y de beber en sus ojos el consuelo de los dolores pasados y la esperanza de los futuros bienes, continué mi viaje hasta que se puso el sol.

Al dia siguiente al considerar que se acercaba el tiempo de abrazar á Isora, el contento que me infundia esta idea era ya la sensacion predominante en mi alma. Tan cierto es que las desgracias afectan poco á los que aspiran á otros objetos que, despertando sus esperanzas, no les dejan entregarse enteramente á la afflic-

cion. ¡Ah! el dolor de un momento es intolerable cuando mas allá no tenemos esperanza que pueda consolarnos. La felicidad vive en la luz de lo futuro; destruido lo presente, todavía no queda ella destruida. Oscurecido lo futuro acaba sin remedio.

La mañana estaba hermosa: entre los vapores que los rayos de la aurora lentamente disipaban, iba penetrando el sol con toda su fuerza, alegrando el bosque y la colina y las llanuras que, cubiertas de doradas espigas, se estendian hasta el camino que yo seguia. De cuando en cuando desde los helechos y monte bajo que acá y allá cortaban el camino, los pintados pajarillos mezclaban su variada y alegre música con el susurro del fresco y suave ambiente.

Ya habia andado la mayor parte de la jornada y entrado en un terreno mas

pintoresco, cuando ví á un anciano en una especie de tartana baja, vanamente empeñado en sujetar un caballo pequeño, pero vivo, que habiéndose sin duda asustado corria desbocado arrastrando la tartana y á su dueño. La edad del caballero y la lijereza de su carruaje me hicieron temblar por su seguridad; así, atando mi caballo á la puerta de una cerca para que el ruido de sus herraduras no aumentase el susto y la lijereza del fugitivo, corrí haciendo el menor ruido posible al otro lado del vallado, saliendo de improviso al camino á punto de detener la jaca por la rienda, con lo cual conseguí pararla en el momento crítico en que iba á dar un paso peligroso. El anciano se recobró pronto del susto, me dió las gracias por mi auxilio, y me rogó le acompañase á su casa que, segun dijo, solo distaba dos ó tres millas.

Aunque no tenia el menor deseo de demorar mi viaje por solo el gusto de ver la casa de un anciano , juzgué que la seguridad de este exigia de mí que me ofreciese á lo menos á guiar su carruaje hasta dejarle en su habitacion. El anciano aceptó la oferta con gran sentimiento , aunque despues la conferencia que tuve con aquel hombre singular compensó el disgusto que experimenté al principio. Dejando mi caballo al cuidado de un andrajoso muchacho, que prometió llevarle con tanto juicio como celo, entré en la tartana, y cogiendo con mano firme las riendas, fijos siempre los ojos en la cabeza del cuadrúpedo, le hice tomar un paso igual y sentado.

—Pobre Pob, dijo el anciano apostrofando á su caballo; pobre Pob, bien se vé que como los hombres sabes distinguir la mano débil de la fuerte; y cuando no

te guía una mano poderosa, te irritas contra su blandura. Esto me recuerda la máxima favorita de los hombres fuertes, á saber: el único preservativo contra la rebelion es la fuerza.

—Vuestra observacion, caballero, dije sorprendido al oir sus palabras, prueba muy poco en favor de los sentimientos generosos por los cuales debíamos ser dirigidos. Solo las almas bajas necesitan el freno y el látigo.

—Es cierto, contestó el anciano; pero aunque tengo algun amor á la raza humana, no por eso la tengo respeto, y al paso que me compadezco de sus enfermedades, no puedo menos de confesarlas.

—Caballero, repuse yo, en vuestro corto discurso encuentro mas filosofia que la que he oido en muchos meses. Los sábios y los que tienen sentimientos de magnanimidad y moderacion no juzgan seve-

ramente á los hombres; porque raras veces despreciamos al género humano cuando no nos ha ofendido, y cuando nos ha ofendido, en vez de despreciarle, solemos aborrecerle.

—Teneis mucha sutileza de ingenio para ser tan jóven, dijo el anciano mirándome atentamente, y juraría que no habeis sido siempre feliz; pues nunca empezamos á pensar hasta que comenzamos á temer.

Yo respondí suspirando.—Creo que hay algunos hombres en quienes el temperamento suple el oficio de las desgracias; hombres que naturalmente inclinados á la melancolía, se entregan con facilidad á la reflexion; y la reflexion es un terreno que pronto nos indemniza abundantemente del trabajo que nos ha costado cultivarle.

—Cierto, dijo mi compañero; y guar-

damos silencio por algun rato. Interrumpióle el anciano diciendo.—Ya estamos cerca de mi casa (ó mas bien de mi residencia temporal, porque mi verdadera residencia es en Cheshunt en el condado de Hertford) y como apenas es mediodia espero que no tendreis inconveniente en participar de la comida de un ermitaño. Nada, nada; no admito disculpas: os prevengo que generalmente no gasto cumplimientos ni acostumbro tampoco á prodigar mis convites; pero creo que si ahora os negais á aceptar el que os hago, os ha de pesar despues.

Esta amenaza excitó mi curiosidad; y reflexionando que mi caballo necesitaba un corto descanso, reprimí mi impaciencia por volver á Londres y acepté el convite. A poco rato llegamos á una casa de regular tamaño y de antigua construccion, la cual segun me informó el anciano le

servia de vivienda en ciertas temporadas del año. Un criado casi tan viejo como su amo salió á abrirnos la puerta y dando el brazo á mi huesped que era cojo y enfermizo, le condujo atravesando una pequeña sala, á una larga habitacion situada en el cuarto bajo. Yo les seguí.

Un retrato en miniatura que representaba á Oliverio Cromwell y que estaba colocado sobre la chimenea, llamó fuertemente mi atencion.

—Este es, dije, el único retrato parecido que he visto hasta ahora del protector; esa resuelta expresion del ceño; la inflexibilidad que anuncian esos lábios, el aire de obstinacion aunque no de estupidéz de ese semblante, todo indica que este retrato reproduce fielmente la imágen de aquel hombre singular y afortunado para quien la locura y el saber fueron igualmente instrumentos de fortuna, y que



se elevó al poder supremo tal vez mas por su admirable genio que por su lastimoso fanatismo. Tan cierto es que los grandes hombres se elevan comunmente á la altura que les corresponde por cualidades que parecen las menos á propósito para ello, y si me es permitido usar de esta comparacion, se parecen al animal en que unos ligamentos comunes hacen el oficio y tienen la propiedad de alas.

El anciano se sonrió ligeramente y dijo en tono conmovido.

—Si eso es verdad, aunque nos admiremos menos del talento del protector, debemos tener mas indulgencia con su carácter y no condenarle por falta de sinceridad cuando él mismo fué cruelmente engañado.

—Bajo ese punto de vista, repuse yo, he considerado siempre su conducta; y aunque por haberlo heredado de mi fa-

milia soy caballero y tory, confieso que Cromwell, hipócrita y todo como se le creía, me parece haber excedido á su real antagonista y víctima en sinceridad tanto como en grandeza de genio y en ambición.

—Amigo mio, dijo mi huesped con una viveza que me sorprendió, le juzgais tan bien que no parece sino que le habeis conocido. Sí, dijo despues de una pausa, sí, tal vez no ha habido nadie que procurase tanto ocultarse á sí mismo sus designios; tal vez no ha habido nadie que ambicioso de gloria fuese tan engañado por su conciencia; tal vez no ha habido nadie que se haya elevado á tanta altura, cometiendo tan pocos actos que le pareciesen dignos de castigo ó de remordimiento.

Al llegar á este punto de nuestra conversacion, entró el criado y anunció que

estaba dispuesta la comida. Pasamos á otra pieza y participamos de una sencilla pero apetitosa refaccion. Cuando nos agrada la conversacion de otro, pronto salimos en ella de los límites ordinarios para esponer nuestras opiniones sobre objetos mas arduos.

Era bonito aunque pequeño el cuarto en que comíamos, y observé que en él, así como en el otro en que primero me habian introducido, habia varios libros esparcidos en cierta confusion como indicando que la lectura era para su propietario la diversion mas agradable y la mas imprescindible necesidad. Así durante la comida hablamos principalmente de libros, y observé que los que mi huesped parecia conocer mejor eran las obras de aquella clase de filósofos poéticos y elegantes, que mas fascinadoras que profundas predicán las dulzuras de una soledad

inútil y de un contento, que solo puede llamarse vegetacion cuando no hay nada que fomente la energía, excite la imaginacion ó conmueva el ánimo.

—¿ Con que vais á Lóndres? dijo el anciano luego que el criado quitó los platos dejándonos solos con el amigo que sustituye á toda clase de sociedad, el vino; ¿ con que vais á Londres? Dentro de algunas horas os hallareis en ese gran foco de bullicio y falsedad, de fingidos goces y de dolores verdaderos. Tanto me he aficionado al campo, que no puedo considerar á los que le abandonan por vivir en la turbulenta capital sino bajo el aspecto entre maravillado y compasivo con que los antiguos miraban á los atrevidos aventureros, que dejando la segura tierra y sus felices lares, se esponian voluntariamente en un fragil barco á los peligros de mares desconocidos. Aquí, cuando mi-

ro los verdes campos y el puro azul del cielo, los pacíficos rebaños gozando de la dulce luz del sol ó esparcidos por dilatadas llanuras, no puedo menos de exclamar con Plinio: « este es el verdadero *Mouvement*, esta es la verdadera fuente de inspiracion y de tranquilidad de alma; y en mi amor á la naturaleza mas confiado y constante que puede serlo el amor que tenemos á las mujeres, digo con el tierno y dulce Tibulo:

*Ego composito securus acervo  
Despiciam dites, despiciamque famem.*

—Esos, dije yo, son los sentimientos que todos experimentamos de cuando en cuando, aun los de mas vivo y apasionado carácter. Pero hay en nuestros corazones un principio tan secreto como irresistible que, como en un círculo que

estuyese dando vueltas constantemente, nos impele siempre adelante en la grande órbita de nuestro destino, y no encontramos descanso hasta que las ruedas sobre que nos movemos se rompen..... en la tumba.

—Sin embargo, repuso mi huesped, antes de la tumba puede reprimirse, ó á lo menos debilitarse, la accion del principio interno de que hablais. No me creereis tal vez (y no lo extraño porque no me conoceis) cuando os diga que he podido ser monarca y que esta oscuridad me ha parecido mas envidiable que un imperio ; desaproveché la ocasion ; la rueda de la fortuna siguió su movimiento y á mí me dejó seguro, pero solo y abandonado en la tierra. Si os admirais de la eleccion que hice, todavía os admirareis mas cuando os diga que nunca me he arrepentido de haberla hecho.

Con gran sorpresa y asombro oí á mi huesped tan extraña confesion.—Perdonadme, dije, pero habeis excitado poderosamente mi interés; ¿puedo preguntaros quién es el que me dá esta leccion de desprecio de las pompas del mundo?

—Todavía no, dijo mi huesped sonriéndose, todavía no, hasta que terminada nuestra conversacion os despidaís del anciano anacoreta, probablemente para siempre. Entonces sabreis que habeis hablado con un hombre de los mas generalmente olvidados y despreciados entre sus contemporáneos. Sí, continuó, sí, renuncié al poder, y los hombres en vez de elogiarme por mi moderacion me despreciaron como á un loco; no hubo quien creyese que por desprecio habia abandonado un tesoro que otros solo abandonan cuando no pueden pasar por otro punto; y este acto que si lo hubieran visto con-

signado en una antigua historia, lo habrian considerado como la mas sublime filosofia, ejecutado ante sus ojos, lo consideraron como el colmo de la imbecilidad. Sin embargo, comparando mi suerte con la del grande hombre á quien se esperaba que imitase en ambicion y á quien podia haber sucedido en el poder, me he convencido de que en este retiro soy mas digno de envidia que en la plenitud de su grandeza y en la elevacion de su fama: ¿no es la felicidad el fin de la sabiduría? Y si mi eleccion ha sido mas feliz que la suya ¿no es mas sabia?

— ¡ Ah ! pensé yo, raras veces los hombres mas sabios han sido los de mas sublime genio, y acaso la felicidad es mas bien el don de la mediania de talento, que de la mediania de posicion; pero no quise dar á mi huesped tan poco cortés respuesta; por el contrario dije levantán-



dome para marchar :—No dudo que ha sido sabia eleccion la que os ha proporcionado el contento que disfrutais; y es máxima de un hombre á la vez grande y honrado, de un hombre que tuvo la instruccion del gabinete y la experiencia del mundo, que en la sabiduría ó en la locura, la única diferencia entre un hombre y otro consiste en dirigir el hombre á sus pasiones ó ser dirigido por ellas. Segun esta regla, que en efecto es un precioso aforismo clásico, Alejandro en el trono de Persia debió haber sido un idiota comparado con Diógenes en su tonel. Y ahora amigo mio, al despedirme de vos permitidme que os importune para que dejeis satisfecha mi curiosidad.

—Todavía no, todavía no, contestó mi huesped, y me condujo á la otra sala donde renovamos nuestra conversacion mientras me preparaban el caballo. Segun re-

cuerto hablamos entonces de Platon ; pero yo estaba tan impaciente por volver á ver á Isora que no concedí á mi digno huésped la atención que hasta entonces le había prestado. Cuando me levanté para retirarme me despidió afectuosamente y me puso un billete en la mano.—No le abrais , dijo , hasta que hayais andado por lo menos dos millas , entonces quedará satisfecha vuestra curiosidad. Si alguna vez venís por este camino ó pasais por Cheshunt deteneos un poco á ver si el viejo filósofo ha muerto ya. Adios.

Y con esto nos separamos.

Apenas llegué á la distancia indicada abrí el papel y leí lo siguiente.

«Tal vez , jóven desconocido , en alguna época de vuestra vida futura , que me atrevo á pronosticar será agitada y borrascosa , os podrá proporcionar materia para reflexion el recordar que ha-

beis visto en la vejez y en la oscuridad al hijo de aquel que conmovió un imperio, vengó á un pueblo y alcanzó un trono solo para ser víctima de sus propias pasiones y engañado por su propia razon. Repito ahora la pregunta que os hice antes: ¿ fué la suerte del gran Protector mas envidiable que la del despreciado y olvidado

RICARDO CROMWELL?»

—¿ Es, pues, exclamé, con el hijo del dictador mas eminente que en los tiempos modernos ha producido Inglaterra y tal vez Europa , con quien acabo de tener esta conversacion sobre la felicidad? Sí, tal vez su suerte es mas digna de envidia que la de su ilustre padre ¿ Pero quién la envidiaría? ¡ Cosa singular! mientras pretendemos que la felicidad es el objeto de todos nuestros deseos , la felicidad es lo último á que aspiramos. El amor, las

riquezas, el placer y los honores, son los caminos que elegimos; de modo que acostumbrados luego á caminar, perdemos de vista el objeto con que emprendimos nuestro viaje, y por alcanzar los medios olvidamos el fin.

No volví á ver á mi huesped, el cual murió poco tiempo despues (1); y el destino que habia marcado tan extraña separacion entre la vida del padre y la del hijo, unió en la muerte al filósofo hermitaño con el jefe guerrero.

(1) Ricardo Cromwell murió en 1712.

## CAPITULO VII.

*En que el héroe muestra decision en mas de un punto , y en que se manifiesta con mas evidencia el carácter de Isora.*

Llegué á casa de Isora al ponerse el sol. La habia escrito anunciándole la muerte de mi tio y el dia de mi llegada, pero no le hablaba en la carta de mis esperanzas de herencia , reservando esta comunicacion para hacérsela de palabra, juzgando que así sería menos penosa. Por el semblante del criado que abrió la puerta conocí que no habia habido novedad; así no hice ninguna pregunta; subí corriendo las escaleras , entré en el cuarto de Isora y un instante despues estaba ella en mis brazos. ¡ Oh amor , amor! ¿por qué te detienes tan poco en la tierra? Eres

una nube de la tarde que se estiende por nuestro horizonte bebiendo sus matices del sol, mas brillante cuanto mas próximo está á su ocaso, nube que en el momento en que se pone el sol vaga por el oscuro firmamento ó descende á la tierra en llanto.

—Y ahora, querida mia, dije luego que estuvimos solos en el cuarto que yo habia destinado para comedor y en el cual, aunque pequeño en sus proporciones, habia reunido cuantos objetos podian satisfacer mi aficion al lujo y á la ostentacion que era una de mis mas marcadas debilidades, y ahora querida mia ¿cómo has pasado el tiempo desde que nos separamos?

—¿Y me lo preguntas, Morton? ¿Has observado alguna vez á un pobre perro abandonado de su amo, ó por mejor decir no abandonado, porque yo no estoy

todavía en ese caso , añadió Isora sonriéndose , sino dejado en casa mientras su amo está fuera? ¿Has reparado cuán inquieto se halla el pobre animal; cómo rechaza toda sociedad y todo consuelo; cómo recorre cien veces al día el cuarto en que su amo suele habitar; cómo se sube al sofá ó á la silla en que acostumbra su amo á sentarse ; cómo se apodera de alguna prenda de su vestido y dá vueltas alrededor de ella y la oculta y la conserva cuidadosamente como yo he conservado este guante? ¿Has notado cómo pasa el tiempo la humilde criatura cuya felicidad se cifra en una sonrisa cuando no puede ver esa sonrisa? Pues así le he pasado yo, Morton, durante tu ausencia.

Respondí á Isora con palabras afectuosas y cumplimientos.

—No me llares así, me dijo, llámame con esas palabritas que yo sé que no pue-

des haber dirigido á otra. Abeja y paloma son mis nombres y míos solos ; pero hermosa y angel son nombres que puedes haber dado á otras ciento. Prométeme, pues, hablarme en mi lenguaje.

—Te lo prometo y sello mi promesa. Pero dime Isora ¿no te gusta la rara fragancia que dá á este duro clima cierta semejanza con Arabia? ¿No te agrada la abundante luz que refleja con tanto brillo sobre tu suave tez y sobre esos ojos en los cuales debió pensar el antiguo fabulista (1) cuando escribió aquello de «ojos que parecen un templo en que se enlazan la belleza y el amor?» ¿No tiene aquella fruta mas hermoso color rodeada como está de doradas hojas? ¿No parece que el sueño se mece sobre nosotros con mas suaves alas sobre estos sofás dignos de príncipes? En una palabra ¿no hay en el

(1) Sir Felipe Sydney.



lujo y en la ostentacion un encanto que aun los mas sabios no pueden desdeñar?

—Tal vez, dijo Isora; pero el esplendor que nos rodea desalienta y casi asusta á mi corazon; porque cada prueba que veo de tu riqueza me parece que me aleja de tí; y entonces me acuerdo del verde cesped y plateado arroyuelo y de los árboles en que el viento suave murmura y juguetea, y confieso que mis ideas de lujo se avienen mas con el campo que con las ciudades.

—Pero la numerosa servidumbre, las dilatadas filas de criados con librea, entre las cuales podias pasar como por una calle, los caballos lujosamente enjaezados, los magníficos trenes, la diadema de joyas, los costosos trajes, envidia de las mujeres, la música que podia arrullarte en las horas de sueño, el esplendor, la elevada posicion; todos esos atributos ó dones

de la riqueza que tienes derecho á esperar un dia ú otro ¿los abandonarías sin repugnancia?

—¿Puedes pensar lo contrario, Morton? Ah yo quisiera que en este punto pensases como yo; cuanto mas limitamos y concentramos nuestra felicidad mas cierta y segura es; los que ensanchan su círculo la arriesgan: los que ponen su riqueza en gran número de bajeles ¿no están mas expuestos al rigor de los vientos y las olas que los que la aventuran solamente en uno?

—Admirablemente dicho, querida mía, ¿pero y si ese único buque se hunde?

—Como yo me habia de embarcar en él con mis riquezas, me hundiría tambien con ellas.

—Muy bien, Isora, tu filosofía tal vez será puesta á prueba dentro de poco. Mañana te hablaré de negocios.

—¿Y por qué no esta noche?

—¡Esta noche cuando acabo de llegar!  
No, esta noche solo te hablaré de amor.

Como puede suponerse, Isora se reconcilió fácilmente con la idea de la mudanza de fortuna, y en realidad el capital que á mí me parecia mezquino, para ella era positiva riqueza. Pero tal vez hay pocos hombres mas gastadores y mas dados al lujo por naturaleza y por inclinacion que yo; acostumbrado á las larguezas de mi tio, desde mi llegada á Londres dí en todas las estravagancias de la época. A Sir William le agradaban en vez de disgustarle mis prodigalidades, especialmente porque me daban cierto *eclat*, y me libraba todo el dinero que quería, dinero que conociendo su riqueza y considerándome como heredero suyo, no tenia yo escrúpulo en aceptar. A mi vuelta á Londres despues de la muerte de mi tio,

no solamente habia gastado las cuantiosas sumas que de él habia recibido en vida, sino que tenia empeñada casi la mitad del capital que se me asignaba en el testamento. Sin embargo, tenia caballos y coches, joyas y plata, y despues de una corta lucha con mi orgullo, obtuve la victoria é hice almoneda de todas mis alhajas. Se vendieron muy bien porque yo tenia cierta reputacion de gusto y magnificencia en el mundo, y cuando recibí el producto y pagué mis deudas, me hallé con un balance en mi favor que incluso el legado de mi tio ascendia á quince mil libras.

No era esta mala parte para un hermano menor, pero yo no queria someterme sin luchar á ser considerado como tal. Avistéme con varios abogados los cuales examinaron el testamento y cobraron sus derechos. El mas honrado me aconsejó

con la mayor frialdad que me contentase con mi legado porque la causa era perdida. No necesito añadir que dejé á este abogado, compadeciéndome de su falta de inteligencia. Pasé á verme con otro, el cual me dijo lo mismo aunque de diferente modo, y yo le juzgué tan gran mentecato como su compañero. Al fin dí con un abogadillo vivaracho, de ojos relucientes y voz chillona, con una peluca que llevaba la persuasion en cada rizo. Tenia cierto aire independiente y desembarazado, y una manera de expresarse tan lógica y tan enfática que me hechizó. Este, apenas le referí mi historia, me aseguró que era un famoso pleito, que le gustaba andar listo y proceder con vigor y energia; que detestaba á los pícaros y á las delaciones, que eran señales de picardía y no señales de cumplimiento de la ley: que era una gran fortuna pa-

ra mí el haber dado con él, y por último que nada tenia que hacer sino comenzar los procedimientos y dejar todo lo demás á su cargo. En virtud de estas razones me embarqué en el inmenso piélaggo del litigio.

Arreglados tan satisfactoriamente mis negocios, hice una visita á Saint-John para recibir el pésame y los cumplimientos y expresiones de simpatía. No obstante lo muy ocupado que estaba, ya en los placeres, ya en los negocios de su ministerio, habia venido á mi casa diversas veces y manifestádome en una carta el gran sentimiento que le habia causado que no le hubiese devuelto sus visitas. Comovido por este fenómeno de bondad en un hombre de estado, tuve con él la única deferencia que estaba en mi mano, es decir, le pedí consejo con ánimo de seguirle.

—La política, mi querido conde: haceos hombre político, dijo en respuesta á mi pregunta. No hay nada como eso; la semana que viene haré que tomeis asiento en la cámara; teneis la edad necesaria segun creo. ¡Cielos! ¡un hombre como vos que tiene disposicion bastante para pasar por profesor aleman, una serenidad que casi avergonzaría á un milesio, un acierto extraordinario para elegir palabras, y un tino sin igual para dirigir pullas! Con vos á mi lado, mi querido conde, pronto....

—Saint-John, dije interrumpiéndole, olvidais que soy católico.

—Ah, lo habia olvidado, contestó Saint-John con voz pausada. Siento mucho, amigo, que vuestros antepasados no fuesen de los convertidos; es lástima que os hayan dejado su religion sin los medios de sostenerla, porque el papismo ha

llegado á ser una carga terrible para sus partidarios.

—La intolerancia, amigo mio, nos hace singularmente insensatos, y la locura de los hombres nunca es mas ridícula que cuando se asocia á alguna cosa sagrada.

Sobre este tema seguí discurrendo con mucho entusiasmo y elocuencia demostrando las desventajas de la intolerancia, tan familiar entonces al protestantismo como lo habia sido á los católicos romanos en la edad media, y olvidando que no era un vicio particular de secta sino de partido dominante.

Saint-John que pensaba ó aparentaba pensar de diferente modo que yo en estas cosas, movió con gracia la cabeza y con su habitual política dió otro giro á la conversacion.

—Voy á contaros, dije, un descubrimiento que he hecho.



—¿Cuál?

—Oid: el hombre mas feliz es el mas sabio: concedido. ¿En qué consiste la felicidad? En el poder, en la riqueza, en la popularidad y sobre todo en el contento. Pues bien, ningun hombre tiene mas poder, mas dinero, mas popularidad, y sobre todo ninguno está mas satisfecho de sí mismo que un tonto, por consiguiente el tonto (y no es mentira) es el mas sábio de los hombres. Los tontos gobiernan al mundo bajo la púrpura: los sábios se rien de ellos, pero se rien bajo sus harapos; los tontos medran en la corte; los tontos prosperan en las cámaras; los tontos son bien recibidos en los gabinetes de las hermosas; los tontos consiguen ricos legados y buenas herencias. ¿Quién está mas querido que un tonto? Todos le buscan, todos se rien de él, todos le halagan. ¿Quién está

mas seguro de su propia opinion , quién está mas complacido de sí mismo que un tonto? Vamos , Saint-John , hagámonos tontos, son los únicos potentados, los únicos filósofos de la tierra.

— ¡ Ah! dijo Saint-John riéndose, y despues se levantó y me rogó que le acompañase al ensayo de una comedia nueva para disipar mi esplin y prepararme para un exámen maduro y profundo del plan que debia adoptarse á fin de mejorar mi fortuna.

Mas si he de hablar francamente nada se me ocurría que pudiese aprovecharme para conseguir tan apetecible y glorioso fin. Mi religion era en efecto una barrera contra toda esperanza de elevacion á los destinos del Estado. Europa empezaba á presentar un aspecto que prometia paz universal, y era probable que aquella espada, á la cual tan poética-

mente habia apostrofado, no pudiese salir de la vaina como no fuese en alguna contienda con los Mohawks, sociedad á cuyos individuos me proponia cortar las narices siempre que los hallase descuidados y en situacion conveniente. Añadiase á las dificultades de mi posicion que la muerte de mi tio habia destruido el único obstáculo legítimo que se oponia á la publicacion de mi casamiento con Isora, publicacion que era debida á su honor. Ahora bien, la época de la vida en que los amigos le miran á uno con mas frialdad, en que hablan con mas desaliento de su capacidad para elevarse, en una palabra, en que están mas inclinados á hundirle y á deshacerse de él como un mentecato, indigno de que nadie se tome el trabajo de socorrerle, es cuando ha hecho lo que dichos amigos se complacen en llamar un casamiento imprudente. Fué

por tanto una desgracia para mí que llegase el caso de anunciar que habia contraido esta especie de casamiento cuando mas necesitaba el auxilio de los buenos amigos. ¡Ademas, los que desprecian á uno están tan cerca de elogiar á su enemigo! No ha habido hombre que sin ser muy hermoso, ni muy tosco, ni muy elegante se haya hecho tantos enemigos como yo. ¡Cómo se reirán, decia entre mí, cómo se reirán cuando me vean caido! Las doncellas de edad madura que mientras me juzgaron soltero creyeron fingido el testamento, cuando sepan que soy casado preguntarán qué tal es Gerald, y dirán que mi tio sabia muy bien lo que se hacia. ¡Cómo se reirán lady Hasseton y el altivo y desdeñoso Tarleton! Es cosa tan singular como indudable que las personas á quien mas despreciamos son las que tienen mas influencia en

nuestras acciones: un hombre jamas se arruina dando banquetes á su padre ó adornando su casa como un palacio para festejar á su íntimo amigo; por el contrario, el pobre diablo del amigo es el que sale peor librado y se muere de hambre en las comidas de familia, mientras el huesped se arruina por dar banquetes el antipático é insufrible Mr. A., y la huespeda envia á su marido á galeras por rivalizar con la odiosa Mistress B. á quien siempre tuvo aversion.

Así ningun pensamiento era para mí mas amargo en la resolucion que iba á tomar, que el recuerdo de lady Hasselton la coqueta y de Mr. Tarleton el fullero. Sin embargo, yo he dicho antes que ningun sentimiento egoista de baja especie empañaba la pureza de mi amor á Isora. Estaba resuelto á hacerla completa y pronta justicia, y si alguna vez

se me ocurrian los perjuicios que iban á ocasionárseme, siempre tenia el placer de pensar que lo sacrificaba todo por ella. Pero con gran sorpresa mia, la primera vez que anuncié á Isora mi intencion de publicar nuestro casamiento, observé en su semblante, fiel espejo de sus emociones, una expresion muy diferente de la que yo esperaba. Una mortal palidez se extendió por todo su rostro. Todo su cuerpo se agitó con un estremecimiento involuntario. Procuró, sin embargo, sonreirse para disipar mi inquietud. No podia yo penetrar la causa de una emocion tan imprevista; pero continué hablando de la publicacion de nuestro matrimonio como de cosa decidida, y al fin me escuchó con atencion la explicacion de la manera en que habia de hacerse, y aprobó los proyectos que ya formaba para lo futuro. Todavía, sin embargo, cuando

propuse un dia fijo para la nueva celebracion de nuestras bodas, se conmovió y manifestó el deseo de que se dilatasen por algun tiempo mas.

—No tan pronto, querido Morton, dijo llorosa, no tan pronto ;somos en la actualidad tan felices, y tal vez cuando estes siempre á mi lado no me amarás como ahora!

Espuse algunas razones contra este pensamiento y contra su repugnancia, pero en vano , y se pasaron los dias y las semanas y nuestro casamiento continuaba secreto. Yo vivia, sin embargo, casi todo el dia con Isora , pues ya la maledicencia no podia descubrir el secreto á mi tio ; y sobre todo desde que habia perdido los bienes que esperaba heredar, es admirable cuán poco se cuidaba de mí ni de mis acciones la gentecilla de moda. Vivía, pues , casi todo el dia con Isora..... Y la familiaridad ¿menguó mi amor? ; Cosa

extraña ! mi amor continuó en el mismo grado que antes. El lector recordará tal vez una conversacion que tuve con Saint-John y que he referido en el segundo libro de esta historia. «El mayor enemigo del amor , dijo (y téngase presente que Saint-John habia conocido todas las especies de amor , el de los sentidos y el del alma ), no es la inconstancia , ni la desgracia , ni los celos , ni la ira , ni ninguna cosa que dependa de las pasiones ó emane de la suerte : el mayor enemigo del amor es la costumbre.»

¿Tenia razon Saint-John? creo que en muchos casos la tenia ; y tal vez en el mio la costumbre no continuó por tiempo bastante para que pueda victoriosamente refutar aquella máxima. Pero , como he dicho , mi amor conservaba toda su frescura , todo su brillo como el primer dia. Todavía Isora era para mí la luz y la música de



la existencia ; todavía mi corazón palpitaba cuando oía el sonido de su argentina y querida voz ; todavía la miraba extasiado cuando sus hermosas facciones caían en la inmovilidad del sueño ; todavía contemplaba con delicia los diversos matices que se sucedían en sus mejillas , y mientras dormía cada vez que aspiraba con mis labios su dulce y suave aliento , me parecía hallar en él un murmullo de ternura y de amor. Todavía cuando estaba ausente de ella , mi alma parecía sentir la separación de su mejor y más querida parte , y los sentidos rechazaban toda impresión de alegría ; todavía su presencia era para mi corazón como una atmósfera de poesía que circundaba y prestaba sus colores á todas las cosas ; todavía mi ser experimentaba aquella melancolía vaga y deliciosa que solo el exceso del placer produce , el conocimiento , que no nos

atrevernos á confesarnos á nosotros mismos de que el tesoro que encierra nuestro corazón no está exento de los vaivenes de la suerte. El suspiro mezclado con el beso, la lágrima confundida con la mirada amante, la emoción profunda de nuestro ánimo sobre el cual influyen la luna y las estrellas, la cadena de armonía que con tan misteriosos eslabones une nuestro pensamiento con todo lo que es bello, puro y brillante en la naturaleza; todo esto que yo no puedo expresar, todo lo que sienten los jóvenes á quienes el mundo verdadero ha dado pocos desengaños, que viven todavía en el mundo de las ilusiones, que aman en fin y que aman por primera vez, todo esto lo sentía yo.

A la verdad, Isora era muy á propósito para mantener y afirmar un amor novelesco. Su belleza era tan fantástica y se presentaba bajo tan diversas formas;

su carácter tenia tan pocos defectos mugeriles, tan pocos caprichos, tan poca vanidad; estaba tan distante de ser envidiosa ni irritable; su carácter era tan tierno y afectuoso y al mismo tiempo tan poético en su ternura, que era difícil tener amor terrenal á una persona que tan poco tenia de las pasiones de la tierra. Isora era como aquellas mujeres que uno imagina ser creaciones de la poesía y que sin embargo no hay poesía escepto la de Shakspeare que pueda pintarlas; y aun hoy mismo cuando asisto á alguna reunion no veo un ser que me recuerde ni siquiera una de sus facciones. Pero cuando estoy solo con la naturaleza, me parece que un suave sonido ó una flor nuevamente abierta, tienen cierta especie de poder familiar sobre el cúmulo de impresiones profundas, que constituyen su querida imágen, y me la represen-

tan con mas viveza que ningun rostro de mujer pudiera hacerlo por mas hermoso que fuese.

Otro rasgo tenia el carácter de Isora, que aunque nacido no de su virtud, sino de su debilidad, perpetuaba las ilusiones y cualidades fantásticas de nuestra pasion. Era este cierta especie de supersticion melancólica que se manifestaba en predicciones y agüeros, interesantes porque cuadraban bien á su imaginacion poética y á su candorosa sinceridad. Tenia la conviccion firme é incontrastable de que estaba predestinada para un próximo y desastroso fin, y de todo lo que nos rodeaba sabia sacar alguna deduccion en apoyo de su presentimiento. La calma del mediodia, la santa y elocuente tranquilidad del crepúsculo, sus rosados celages y su blando ambiente, sus sombras y su rocío tenian igualmente para su corazon cierto

encanto y cierto lenguaje misterioso. Las pálidas estrellas donde desde los tiempos mas remotos ha pretendido el hombre hallar las señales de un porvenir inescrutable; la misteriosa luna que el grande Océano obedece desde sus incógnitas concavidades; los vientos que atraviesan la vasta atmósfera girando eternamente dentro de impenetrables límites; la infinita estension de los cielos á los cuales nadie puede mirar sin sentir un vago desco de alguna cosa que no puede dar la tierra, sin experimentar una vaga sensacion de una anterior existencia en que poseyó esa cosa; la sagrada noche, el solemne y periódico sueño, que en su reposo parece la imágen de la muerte y en sus creaciones nos representa una sombra de los reinos inmortales que solo muriendo podemos habitar; todo para el sensible corazon de Isora tenia un lenguaje

de predestinacion y de próximo fin. Muchas veces cuando paseabamos solos por el tranquilo bosque regado de arroyuelos que circundaba la casa y que tanto nos agradaba ; muchas veces cuando al caer la noche rodeaba mi brazo su cintura y nuestros lábios se acercaban tanto que respirábamos nuestro mútuo aliento , me manifestaba Isora con aquella voz que hacia que mi alma se trasladase toda á los oidos , los presentimientos que alimentaba su corazon.

Una tarde , bien me acuerdo , el rico crepúsculo empezaba á estenderse sobre nosotros ; sentados á la orilla de un pacífico arroyuelo sombreado por espesos árboles enanos , permanecimos silenciosos por algunos minutos ; solamente los pajarillos desde la espesura que se estendia á nuestra espalda , con su melodioso canto interrumpian la calma que nos rodeaba.

En frente de nosotros y en la opuesta orilla del río, había un valle cuyos copudos árboles ocultaban todo vestigio de habitación humana; solo en un punto distante se veía salir de una cabaña aislada, como un alma desprendida de los lazos de la tierra, un espeso vapor, que elevándose en espiral, iba perdiendo gradualmente sus partículas terrenales al confundirse con la elevada atmósfera del cielo.

Entonces Isora aproximándose cada vez mas á mí, murmuró al oído sus pronósticos de muerte.—Te acordarás, me dijo sonriéndose tristemente, te acordarás de mí en la elevada y brillante posición que todavía te aguarda; y no sé si querría que pronto tuvieses que acordarte, mas bien que correr el riesgo de que me amases menos; porque si muriese ahora, mi memoria no iría unida en tu

corazon á la de mis debilidades y faltas y á la de todo cuanto te he costado.

Y cuando volvió el rostro hácia mí y vió que mis ojos estaban bañados en lágrimas, los enjugó con sus besos y añadió despues de algunos momentos de pausa:

—¿Qué importa, querido mio, saber cuál ha de ser mi suerte? Ahora que estoy junto á tí me parece un crimen permitir que mis presentimientos te causen el menor dolor. ¿Pero por qué te dan tristeza? Nada hay en ellos que sea doloroso para mí, porque les interpreto de este modo: si mi vida ha de terminar prematuramente, tal vez será porque deba sacrificarla por salvar la tuya. Y así será, Merton, la ofreceré en sacrificio: el amor que te tengo no puedo expresarlo ahora sino débilmente: ambos deseamos probarnos mutuamente nuestros sentimientos; pero yo quiero darte la mayor prueba po-



sible. Me parece que nacl para un solo fin, el de amarte; y tengo la esperanza de que mi muerte será un sacrificio que haga á tu amor, será una prueba de mi pasion inmensa, principal objeto de mi existencia.

Al acabar Isora estas palábras la luz de la luna que acababa de salir iluminó sus megillas, animadas con un color mas vivo del que solian tener; y en ellas, en los ojos, en la frente, en todas sus facciones en fin parecia que el sublime amor que experimentaba habia dejado impresa su divina expresion.

Si me he detenido demasiado en estos sucesos de mi vida es porque pronto van á terminar, comenzando un período de mas agitacion y movimiento. ¡ Ah ! ; Qué poco se imaginaban los que al cabo de algunos años no vieron en mí sino un soldado indiferente y duro, un taimado

y astuto diplomático ó un compañero tan frívolo unas veces, y tan profundamente reservado en otras, qué poco se imaginaban que mi corazón había sido en otro tiempo débil y sensible, tierno y afectuoso hasta el extremo!

## CAPITULO VIII.

*Un encuentro inesperado.—Conjeturas y esperanzas.*

Señalóse al fin el dia para la celebracion de nuestro matrimonio. El plan de conducta para lo futuro que me parecia mas á propósito para hacer fortuna, era ofrecer mis servicios á una córte extranjera, y la de Rusia fué la que mas llamó mi atencion. Deseoso de emprender lo mas pronto posible tan importante asunto, me propuse salir de Inglaterra una semana despues de mi casamiento. El abogado me aseguró que el pleito seguiría perfectamente durante mi ausencia y que tendría cuidado de avisarme cuando fuese necesario que me presentara en Lóndres. Creí todo cuanto me dijo: gran cosa es tener confianza en un hombre de negocios.

No habia vuelto á ver á Montrenil; solamente habia oido que se hallaba en casa de Gerald y que éste continuaba en la quinta de Devereux ostentando la generosa hospitalidad de nuestros antepasa-

dos. Respecto á Aubrey nada absolutamente habia llegado á mi noticia, y el laconismo poco satisfactorio de su última carta y las fanáticas expresiones de la post data me causaban grande alarma y cuidado por su salud. Deseaba ardientemente verle, hablar con él de los antiguos tiempos y de nuestros futuros planes y ver si se podia dar otra direccion á un carácter que parecia tan fuertemente inclinado á la supersticiosa mortificacion. Ocho dias antes de mi casamiento público supe por fin de él por la siguiente carta.

«Mi querido hermano.

He estado mucho tiempo ausente de casa con motivo de ciertos negocios de que hablaremos en otra ocasion. No me he olvidado de tí aunque no te he escrito, y la noticia de la muerte del pobre tio me afectó sobremanera. A mi llegada aquí he sabido la pérdida de tus esperanzas y el recurso que has entablado ante la ley. Aunque lo siento tanto como tú, no me sorprende en tan alto grado, y ahora te diré lo que antes me pareció de poca importancia. El tio al recibir tu carta pi-

diéndole su consentimiento para tu proyectado matrimonio, se manifestó muy disgustado y ofendido y despues oyó cosas que le disgustaron mas; de dónde recibia sus noticias es lo que no puedo decir, pues solo hablaba de ellas por insinuaciones y amargas indirectas. Procuré averiguar en lo posible sus intenciones, pero no pude, y hasta me pareció que oia con frialdad los elogios que yo hacia de tí. Por último, cuando me despedí de él me dijo que te habias portado mal y que iba á alterar su testamento. De esto apenas hice caso por entonces, porque consideré semejante amenaza efecto de una irritacion pasajera. Sin embargo, tal vez era el prelude del testamento nuevo que tanto te ha ofendido. Observo tambien que el testamento está fechado en aquella época. Hago mencion de este hecho; tú sacarás la consecuencia que gustes, pero creo firmemente que Gerald es inocente del fraude de que le acusas.

Estoy impaciente por saber si tu amor continúa; te ruego que me escribas al instante y me des noticia de esto así co-

mo de todo lo demas. Pronto nos veremos. Tu afectísimo hermano.

AUBREY DEVEREUX.

Esta carta produjo en mí un sentimiento de disgusto y cólera; advertí en ella cierto tono de desamor é indiferencia que, particularmente en las circunstancias en que me hallaba, me parecia inexcusable. Por tanto, en vez de responder inmediatamente, resolví no hacerlo hasta despues de solemnizado mi matrimonio. Lo que me refería acerca de mi tio me sorprendia un poco cuando lo comparaba con las palabras que le habia oido en su lecho de muerte relativas á ciertas cosas desfavorables para Isora, que dijo le habian comunicado y que no creia necesario repetirme; pero si hubiese cambiado de intenciones respecto á mí ¿no me hubiera hablado de ello y de los motivos que le impulsaban? ¿Me hubiera escrito una carta tan afectuosa ni recibido con tanta bondad? No podia creerlo, y así mis opiniones respecto al fraude y á su autor no cambiaron en lo mas mínimo con la carta de Aubrey. Era claro, sin embargo, que

se habia unido á mis contrarios y como el amor que le tenia era grande, me causó mucho sentimiento esta idea.

— Todos me abandonan en los reveses, dije, todos menos Isora ; y entreguéme con nueva satisfaccion al pensamiento de que iba á proporcionarla un asilo seguro y una posicion honrosa. Mis temores de que fuese nuevamente molestada por su perseguidor casi habian desaparecido, pues no dudando quien era aquel, creia que con su herencia y la adquisicion de tantas riquezas olvidaría fácilmente un amor juvenil y no correspondido ; y que tal vez no sentiria que yo obtuviese el premio á que él habia aspirado, cuando tanto desprecio me habia de atraer del mundo mi mala suerte. En suma, le consideraba como de un carácter comun á la mayor parte de los malvados, en quienes el amor tiene menos influjo que el odio, y por lo mismo presumia que de la pérdida del objeto del primero le consolaría la desgracia del objeto del segundo.

Conforme se acercaba el dia señalado, parecia que Isora iba desterrando su re-

celo y escuchando con su acostumbrada atencion y bondad los planes de mis empresas en el continente. Resolví que nuestra segunda boda, aunque pública, se hiciese sin ostentacion cual correspondia á nuestro estado pecuniario, y no cual debia ser por nuestro nacimiento. Saint-John y unos cuantos amigos de la familia fueron los únicos á quienes convidé, exigiendo de ellos que guardasen secreto hasta que llegase el dia de la ceremonia. Esto lo hice para evitar cumplimientos sarcásticos y visitas mas bien de curiosidad que de amistad. Llegó la víspera de mi matrimonio: estaba vistiéndome para salir á una diligencia que tenia relacion con la ceremonia, cuando llegó Desmarais á darme el sombrero; entonces determiné dar parte á mi vaporoso criado de la boda que debia celebrarse al dia siguiente. Mr. Desmarais era demasiado bien educado para manifestar otra cosa que no fuera alegría al oír la noticia, y recibió mis órdenes con aquella graciosa urbanidad que casi le hacia á uno creerse honrado con sus servicios.



—¿Y cómo vamos de filosofía? le dije; en verdad que ahora que voy á casarme no dejaré de necesitar los consuelos de esa ciencia.

—Señor, contestó Desmarais con el tono de presuncion que tan extraño contraste formaba con sus maneras obsequiosas, señor, he estado tan ocupado en preparar unos polvos muy esenciales para el tocador, que no he tenido tiempo para entregarme á mas graves, aunque tal vez no mas importantes ocupaciones.

—¿Y qué especie de polvos son esos?

—¿Quereis, señor, experimentar sus efectos? contestó Desmarais presentándome un par de guantes teñidos del mas delicado color de carne. El color estaba tan bien dado, que puestos los guantes apenas era posible á cierta distancia distinguirlos de la desnuda mano.

—Es rara invencion, dije.

—Si señor, me contestó, y en seguida me hizo una esplicacion del mérito de sus polvos, todavía mas elocuente que la que en otro tiempo le habia oido sobre las bellezas del fatalismo. Atajéle en medio

de su arenga, porque tanta elocuencia, en cualquier cosa que sea, no es muy agradable en un criado.

Concluido el asunto que me habia hecho salir de casa, me volvia pensativo y con los ojos bajos, cuando oí delante de mí una voz que en tono de sorpresa decia:—¡Qué veo! ¡El conde Devereux! ¡Qué fortuna!

Alcé los ojos y ví á un hombre pequeño, moreno y mal vestido; su cara no me era desconocida, pero no podia recordar dónde le habia visto. Mis miradas le dieron sin duda á entender mi falta de memoria, porque dijo haciéndome una profunda reverencia:

—Ya no os acordais de mí, conde, y no lo extraño: soy el que os llevó una vez una carta de Francia á la quinta de Devereux.

Estas palabras me hicieron reconocer al portador de la epístola que habia ocasionado mi enemistad con el padre Montreuil. Tenia yo demasiada satisfaccion en verle para recibirle con tibieza, y si he de hablar francamente, nunca ví á un hom-

bre que tuviese menos *mauvaise honte*.

—Caballero, dijo bajando la voz, es una fortuna que os haya encontrado así. Acabo de llegar á Londres con solo el objeto de buscaros. Tengo encargo de entregaros un paquete que creo de grande importancia para vos. Pero, añadió mirando alrededor de sí, la calle no es el sitio mas á propósito para mi comunicacion: *parbleu y morbleu*, hay aquí gente que oye lo que se dice aunque sea en voz baja y aunque haya un muro de piedra por medio; permitid que vaya mañana á vuestra casa.

—¡Mañana! Mañana es un dia muy ocupado para mí; sin embargo, podré daros algunos momentos de audiencia si esto os basta. Pero si quereis venir pasado mañana me tendreis á vuestra disposicion por todo el tiempo que gustéis.

—*Parbleu Monsieur*, sois muy atento, mucho; pero os diré en una palabra quién soy y á qué vengo. Me llamo María Oswald, y soy hermano de padre de aquel Oswald que hizo el testamento de vuestro tío.

—¡Justo cielo! exclamé. ¿Es po-

sible que sepais algo de este asunto?

— ¡ Chss ! Si señor , todo ! Mi pobre hermano acaba de morir ; en una palabra , estoy encargado de entregaros un paquete que me ha dado en su lecho de muerte. Ahora bien . ¿ Quereis que vaya á llevárosle mañana ?

— Seguramente ; ¿ pero no podrá ser esta noche ?

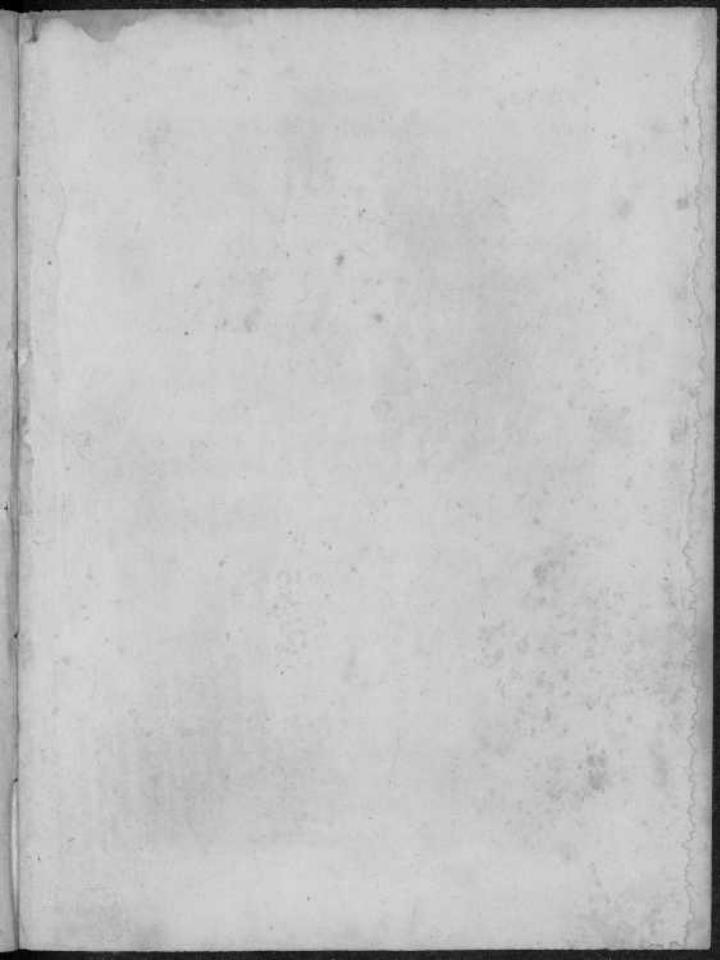
— ¿ Esta noche ? No señor , no *parbleu* y *morbleu*. Necesito pensar un poco la recompensa que debo reclamar por el eminente servicio que voy á hacer á vuestra señoría. Mañana nos veremos.

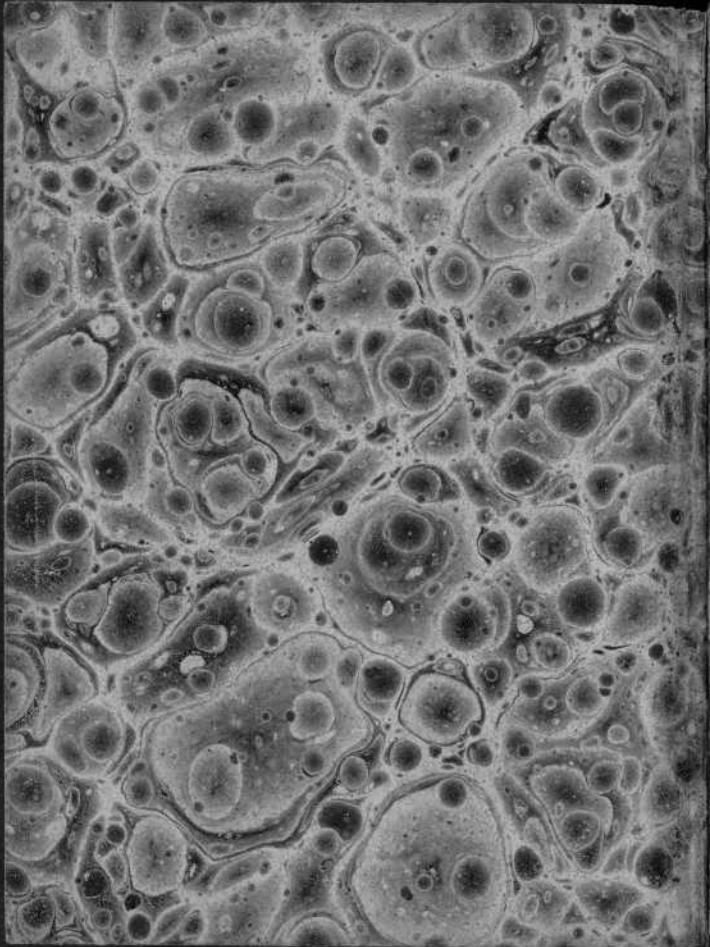
— Muy bien . ¿ Y á qué hora ? Temo que no pueda ser hasta por la tarde.

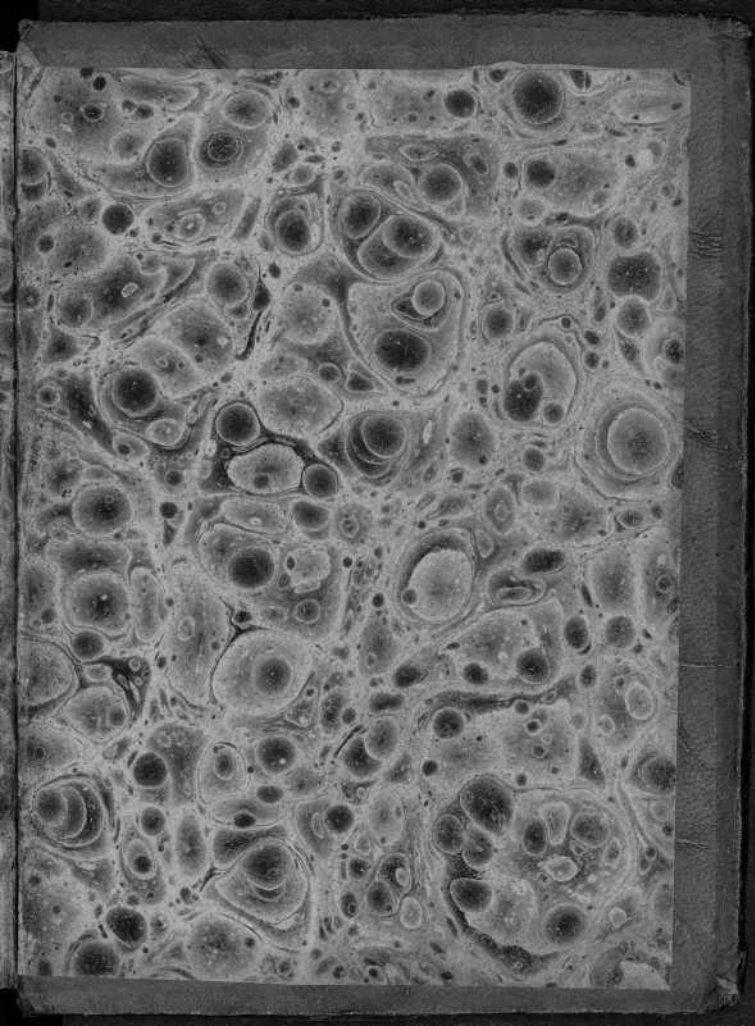
— A las siete *s'il vous plait*.

— Está dicho , á las siete.

Y Mr. María Oswald, que durante esta conferencia parecia temer que le viesen ú oyesen , me hizo una reverencia y desapareció en un instante , dejándome entregado á conjeturas confusas , incoherentes y nada satisfactorias.









16





BOOKS

DEVEREUX



3

6.4000

